

LA RECEPCION DEL FASCISMO EN LA PRENSA SEVILLANA (1939 - 1945)

El 19 de junio de 1939, «El Correo de Andalucía» publicaba en primera plana y bajo grandes titulares a cuatro columnas, una pastoral del cardenal de Sevilla sobre la prensa católica. Para el arzobispo sólo podía ser considerada como tal prensa católica «aquella que está sometida a los prelados de la Iglesia». «No faltan», decía el cardenal Segura, «quienes creen que en el actual estado de cosas en España no hay necesidad de preocuparse de la prensa católica, ya que se juzga así toda la prensa de la Nación. Error funestísimo... Nuestra prensa no puede adular servilmente, ni transigir vergonzosamente, ni callar cobardemente... ni debe soportar la imposición del caciquismo político». Pero, ¿fueron efectivamente así las publicaciones de la prensa católica española entre 1939 y 1945?

El que esto escribe lleva metido algún tiempo en una indagación sobre un aspecto concreto de la prensa católica española de 1939 a 1945, queriendo buscar precisamente una parcial respuesta a los interrogantes expresados. Tratamos, en concreto, de conocer la forma en que estas publicaciones hicieron su recepción de los fascismos europeos; de cómo esa prensa presentó a sus lectores, con qué imagen y bajo qué luz, desde el fascismo italiano al nazismo alemán, pasando por la Guardia de Hierro rumana, las Cruces Flechadas de Hungría, el movimiento Rexista belga o los diferentes grupúsculos de la Francia de Vichy. No se trata, pues, de investigar las relaciones de la Iglesia con el régimen de Franco, aspecto sobre el que ya se han dado pasos fundamentales como el de Tussell (1); tampoco se trata de hacer la historia de la prensa española bajo el franquismo, como ha hecho

(1) TUSELL, Javier: *Franco y los católicos*. Madrid, 1984.

Terrón (2); ni de estudiar las relaciones del gobierno español con los gobiernos fascistas, como también hace el mismo Tussell (3); ni siquiera de presentar la postura adoptada por la prensa española ante los avatares de la Segunda Guerra Mundial. Insistimos: lo que andamos investigando es la forma en que las publicaciones dependientes de la jerarquía eclesíástica presentaron la ideología y la práctica de los múltiples fascismos europeos de la época.

Metodológicamente esta investigación habrá de partir de un hecho capital. En el período que estudiamos todas las publicaciones están sometidas al control absoluto —a través de la Ley de Prensa de 1938— de la férrea dictadura que surge de la guerra civil; una dictadura además, que se coloca a sí misma al lado de los fascismos y se auto-define, durante varios años, como tal; un control que se ejerce a través de una censura previa, lo que hace la investigación más dificultosa, de un sistema de minuciosas consignas que obliga a la prensa no sólo a silenciar lo que el régimen desaprobaba, sino a publicar textos remitidos, artículos de firma con una determinada orientación, e incluso titulares con tamaño prefijado por la Dirección General de Prensa. Así pues, bajo estas condiciones lo primero que cabe preguntarse es si fue posible para los lectores de la época conocer el verdadero pensamiento de una publicación periódica; y en el caso que nos ocupa, si la prensa católica pudo transmitir su auténtica opinión sobre los movimientos y regímenes fascistas de Europa.

Al contestar a esta cuestión precisa habrá que distinguir de inmediato entre revista y diario. Las revistas de la Iglesia o de instituciones religiosas soportaron una censura suave y de hecho no estuvieron obligadas por el sistema de consignas; en consecuencia, cabe concluir que de una forma más o menos directa, con mayores o menores circunloquios pudieron expresar con claridad su posición ante el fenómeno fascista.

Bien distinto, en cambio, es el caso de la prensa diaria, incluidos los periódicos de la Editorial Católica; aquí, censura y consigna actuaban con el máximo rigor. Y sin embargo, si esos diarios se estudian con atención, no se puede hablar de uniformidad absoluta: había matices que los diferenciaban, al menos en lo referente a los hechos producidos más allá de la frontera española. Por otro lado, los súbditos de una dictadura pronto se acostumbran a leer entre líneas, a interpretar silencios y a magnificar matices y, por lo tanto, al menos los más despiertos de los lectores españoles pudieron tener una idea bastante aproximada de cual era en el fondo el matiz ideológico del diario que manejaban. El historiador de hoy también puede apreciar esas diferencias. Es posible, por

(2) TERRÓN MONTERO, Javier: *La prensa de España durante el régimen de Franco*. Madrid, 1981.

(3) TUSELL, J.: *Franco y Mussolini*. Madrid, 1985.

ejemplo, concluir que cuando un artículo o editorial aparece repetido con texto idéntico en varios periódicos, se trata obviamente de una consigna; y que no corresponde a orden gubernamental alguna cuando editorial, crónica o artículo expresan opiniones diferentes a las de otros diarios. Es posible también desentrañar la posición de un periódico a través de la presentación que hace de las noticias de agencia: algunas eran de inserción obligatoria y por lo tanto no nos revelan nada, pero otras podían o no ser publicadas a voluntad del director y podían ser o no resumidas o recortadas; por lo tanto, si un texto de agencia no aparece en todos los periódicos sino en uno solo, podemos considerarlo como algo de voluntaria inserción; si tal noticia resulta meramente descriptiva, no hay problema alguno, pues estamos ante simple información; pero si el dicho texto de agencia, publicado voluntariamente, contiene juicios de valor, calificativos, o una evidente intención u orientación, no cabe duda que el periódico está expresando libremente una determinada postura y está intentando además adoctrinar, en un determinado sentido, a sus lectores (4). Se pueden apreciar también diferencias en la utilización que cada periódico hace de los titulares, a pesar de que con frecuencia esos titulares vienen ya condicionados en su contenido y tamaño por órdenes superiores; pero no siempre es así y, sobre todo, cuando el titular contiene un juicio elogioso o crítico, aunque ese elogio o esa descalificación pueden venir impuestos por la consigna, el diario, sobre esa base ordenada, puede libremente acentuar aún más la crítica o el aplauso. De ello veremos abundantes ejemplos a lo largo de este trabajo (5).

Pero, después de todo, y sobre el tema que nos ocupa, quizás no sea necesario insistir demasiado en la búsqueda del pensamiento auténtico de una publicación. En todo caso no nos interesa conocer sólo eso:

(4) Un ejemplo de lo que decimos se puede apreciar en el distinto tratamiento que «El Correo de Andalucía» y el «ABC» de Sevilla dan, durante el año 1939, a las noticias de agencia que recogen el carácter antisemita de la mayoría de los movimientos fascistas europeos. A la postura adoptada por la prensa española ante el antisemitismo fascista dedicaremos próximamente un artículo específico.

(5) Permítasenos, no obstante, adelantar alguna muestra, referente al año 1939 y a los diarios de Sevilla que estudiamos en este artículo:

En su edición del 10 de mayo, «ABC», refiriéndose a la Italia fascista, publica en su página 6 y ocupando un espacio de tres cuartos de plana, el siguiente titular: «*Celebración del tercer aniversario de la fundación del Imperio*». «El Correo de Andalucía», para ese mismo acontecimiento reserva la primera página con grandes titulares que ocupan toda la plana: «*El tercer aniversario de la proclamación del Imperio italiano*» - «*Imponentes manifestaciones en todas las ciudades*» - «*El Duce dirige la palabra a la multitud*».

El 6 de julio «ABC», refiriéndose a unas declaraciones de Roosevelt en torno a la posición de los EE.UU. ante un posible conflicto europeo, publica un texto de agencia, meramente informativo, con el siguiente titular: «*Un senador norteamericano recomienda al Senado que no se deje intimidar por Roosevelt*». «El Correo» titula en cambio: «*Después de su derrota, Roosevelt hace pintorescas declaraciones*»; y el texto de agencia está lleno de expresiones que reflejan una clara toma de postura, al estilo de «El presidente, siguiendo la costumbre hebrea, atacó a los Estados totalitarios».

nos interesa sobre todo, la imagen que del fascismo transmitía a los católicos su propia prensa, fuese o no fuese una imagen impuesta. Es decir, queremos conocer lo que «pensaban» los españoles que «pensaba» su Iglesia. Y así, habrá que preguntarse si ese fascismo mereció de esa prensa católica un rechazo abierto, o una crítica clara, o un silencio elocuente. Y si no fue tal la posición de la prensa católica: ¿estamos ante la historia de una cobardía?; ¿es la historia de un malentendido donde se identifica fascismo con corporativismo católico?; ¿es por el contrario la historia de un acuerdo substancial, aunque se discrepe en cuestiones de detalle?; ¿o más bien existe un desacuerdo substancial con los movimientos fascistas, pero se les considera un mal menor frente al verdadero enemigo: democracia y comunismo? A todo ello querríamos que nuestra investigación respondiese. Por eso, estamos procediendo al análisis tanto de revistas como «Razón y Fe», «Signo» o «Ecclesia», como de los diarios de la «Editorial Católica»; un estudio en paralelo, puesto que se trata también de establecer una comparación con publicaciones de Falange y con revistas y diarios que podríamos calificar de neutros en el sentido de que ni pertenecen a la Iglesia ni a FET (6).

Por lo tanto, estas páginas sólo pretenden ser una muestra o una aproximación a nuestro tema, utilizando para ello los tres diarios que entre 1939 y 1945 se publicaban en Sevilla. Publicaciones que tienen la ventaja de representar tres matices diferentes: «El Correo de Andalucía», que aunque no pertenece a la Editorial Católica es propiedad del Arzobispado de Sevilla; el diario «FE», de la cadena de periódicos de Falange; y la edición sevillana de «ABC», que podríamos considerar como independiente si es que este término tiene algún sentido en la dictadura de la época.

Sin embargo, antes de entrar en el estudio de estos periódicos, parece conveniente ensayar un conjunto de referencias y precisiones sobre cuál fue la actitud de las publicaciones católicas españolas ante el propio fascismo del país; en concreto, ante el componente más sustancialmente fascista de todos los que integraban el régimen nacido de la guerra civil.

* * *

Hasta finales de 1944 el sistema político español se presenta frecuentemente a sí mismo como «Estado falangista». Y sin embargo, ni la Falange monopolizó el poder —aunque durante mucho tiempo aportara de forma exclusiva su lenguaje y su ceremonial— ni era un partido

(6) Entre estas publicaciones ni falangistas ni oficialmente católicas estamos analizando con especial atención la revista «Ejército» y su presentación del fascismo europeo.

de carácter homogéneo. Muy al contrario, desde los inicios mismos de la guerra civil, y especialmente a partir del Decreto de Unificación, en el partido único se enfrentan dos tendencias opuestas: una, la mayoritaria, se acomodó inmediatamente al franquismo y salvo en el ritual y el lenguaje no se diferenciaría del sector más conservador y clerical del régimen; la otra, una Falange radical, invocando a José Antonio, Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo, pretendió mantenerse fiel a lo que consideraba sus verdaderos orígenes ideológicos.

Por supuesto, la falta de definición doctrinal que caracteriza a los fascismos hace muy difícil una descripción ordenada del pensamiento de esa Falange radical; pero de un modo aproximado y dado el carácter de este trabajo necesariamente limitado, puede presentarse así: En primer lugar los radicales falangistas se declaran esencialmente fascistas, frente a una Falange acomodada que desde un principio intentó resaltar una cierta originalidad del totalitarismo español (7); pero no solamente fascista y totalitaria en un sentido genérico, sino también decididamente pronazi, ya que sus componentes fascinados por el poderío alemán veían en el nazismo al más revolucionario y moderno totalitarismo, y estaban convencidos de que un triunfo de Alemania significaría en España el triunfo de la Falange en su estado más puro y el desplazamiento de la derecha tradicional. Y es que estos falangistas radicales, frente al conservadurismo de un sector del régimen, se pretenden revolucionarios en lo social y en lo económico (7 bis), y tolerantes y modernos en lo cultural; hasta tal punto que buscaron una integración en el nuevo régimen español de determinados valores culturales, intelectuales y sociales de la España vencida. Fue de esta forma el grupo de intelectuales aglutinados en torno a Ridruejo, Laín y Tovar el que consiguió, a partir de 1939, como señala J. C. Mainer (8), una cierta reapertura de la vida cultural madrileña, o el que los libros de Juan Ramón Jiménez, F. García Lorca y A. Machado volviesen a los escaparates de las librerías.

No obstante, no hay que llamarse a engaño: el aperturismo y la tolerancia de esta minoría falangista radical son bien limitados y ninguno

(7) Ya en una fecha tan temprana como 1937 se conoce una discusión entre Tovar y García Valdecasas, donde este último insistía sobre unas palabras de José Antonio que negaban el carácter fascista de la Falange. No obstante, de 1939 a 1944 la mayor parte de la prensa falangista transmitió la imagen preferente de una identidad Falange-fascismo.

(7 bis) La Falange como tal siempre se definió a sí misma como anticapitalista; pero entrar a dilucidar qué entendía FET por anticapitalismo es adentrarse en un caos inextricable que ha descrito perfectamente Ricardo Chueca (*El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*). Bástenos decir aquí que si el anticapitalismo de la Falange mayoritaria ni siquiera es creíble en el plano de la propaganda verbalista, la minoría de radicales falangistas sí mantuvo un discurso medianamente coherente sobre lo que llamaban «revolución social», y que incluía aspectos tales como «reforma agraria» y «sindicalización de la empresa», aunque tales conceptos nunca fuesen explicados sistemáticamente.

(8) MAINER, J. C.: *Falange y Literatura*. Madrid, 1985.

de sus miembros expresó la menor protesta ante la represión que siguió a la guerra civil. Limitada también en el tiempo, pues frente a la Iglesia, el Ejército y la reacción poco podían durar. Como es bien conocido, la caída de Serrano Suñer, en 1942, terminó con sus esperanzas y con el poder parcial que habían ostentado. Así y todo, durante bastante tiempo aún, y en lo que a nosotros interesa, estos falangistas continuaron expresándose en las páginas de periódicos y revistas del partido y defendiendo a ultranza a los fascismos europeos que para ellos seguían representando la modernidad en contraste con el arcaísmo triunfante en España. De esta forma, todavía en marzo de 1944, cuando ya a ojos vistas la derrota del Eje era inevitable y se había producido la estrepitosa caída de Mussolini, Montero Díaz en una conferencia ante la Vieja Guardia seguía proclamando su fe en el carácter revolucionario del nazismo al señalar que «Hitler comprendió el ansia radical de justicia que latía en las masas y dio la batalla a la revolución marxista y a la reacción dirigida por la alta burguesía».

Pero ningún poder tenía ya por estas fechas ese sector de la Falange. Casi simultáneamente a la conferencia de Montero Díaz se pronunciaba otra en la Universidad de Sevilla, ante la Milicia Universitaria, en la que otro falangista, Miguel Royo Martínez, anatemizaba a Costa, Unamuno y Ortega —figuras que los radicales habían intentado salvar para el nuevo régimen— y borraba cualquier originalidad de FET ante el más importante de los componentes del franquismo con estas palabras: «Hoy la Falange y el ejército son una misma esencia metafísica de España. No ha lugar a ninguna escisión y se llega por ello a la disolución de la milicia del Partido, quedando el ejército como el exponente máximo del nuevo ser de España» (9). Y en este contexto hay que citar aún otra conferencia de Fernández Cuesta, el 3 de mayo del 44 en la Universidad Central, donde se escamotea sin rubor el recientemente pasado fascista y totalitario de la Falange al afirmar que «ni Franco ni José Antonio, mantenedor y fundador de la Falange, pensaron jamás en un Estado absorbente, tiránico ni panteísta, y así en el punto seis de su programa la Falange dice que el Estado es un instrumento al servicio de la integridad patria» (10).

A pesar de todo, aunque los falangistas radicales, admiradores del nazismo, defensores verbales de una revolución antiburguesa y anticapitalista y propugnadores de una cierta tolerancia intelectual, eran ya dentro de FET, en 1944, una exigua minoría, las bases falangistas en su conjunto siguieron unidas sentimentalmente a los fascismos euro-

(9) «ABC» de Sevilla: 25-III-1944. Precisamente en su conferencia ante la Vieja Guardia, Montero Díaz había considerado el mantenimiento de la milicia del partido como inexcusable instrumento revolucionario.

(10) Con estas palabras Fernández Cuesta oculta que en el programa de Falange, en realidad, se define al Estado como «instrumento totalitario».

peos; y ello, como veremos en estas páginas, continuó reflejándose en buena parte de su prensa hasta el punto de que una directriz a los periódicos con fecha de 9 de agosto de 1944 ordena «incitar a los falangistas a la inteligencia realista de los hechos internacionales... sin complejos afectivos perturbadores».

* * *

Se ha hablado a veces, al estudiar los primeros años cuarenta, de un enfrentamiento entre la Iglesia española y la Falange. Creemos que una afirmación semejante debe ser matizada: ni todo el clero español se opuso a la Falange, ni la Falange en su conjunto dejó de estar estrechamente ligada a la clerecía de España. Sí hubo, en cambio, una tensión evidente entre una parte de la jerarquía eclesiástica y el sector falangista que liderado por hombres como Ridruejo o Laín —sin dejar de ser católico— consideraba excesivos los privilegios concedidos por el régimen a la Iglesia española. Esto es lo que explica que en 1940 un cualificado representante de la Falange acomodada, Arrese, en un libro titulado «La revolución social del Nacional Sindicalismo», impreso con el «Nihil obstat» y el «Imprimatur», pueda decir: «España, y óiganlo bien algunos que visten la camisa azul pero tapando la camisa roja, España no será nada si no es católica... Los que hablan de la España neutra, de la Patria sobre todo, de la Iglesia sin clero, ni son falangistas ni saben lo que dicen» (11).

Una tensión que a pesar del control, a pesar de la censura, quedó registrada en la prensa de la época; más en las revistas, menos en los diarios; más en las publicaciones de la Iglesia, menos en las de Falange. Aunque también quedó de manifiesto en estas publicaciones la identidad de fines y de modos entre la Falange acomodada y la Iglesia española en su conjunto. Así por ejemplo, y no es una excepción sino la regla, con motivo de la peregrinación a Zaragoza, en septiembre de 1940, de las juventudes de Acción Católica —una imponente manifestación de nacional catolicismo en estado puro— la revista «Signo» publica en su primer plana, en grandes letras blancas sobre negro que ocupan todo el ancho de la página, el siguiente lema: «*Hermandad absoluta entre dos tareas. La de incorporar al pueblo a la Iglesia por la Acción Católica y la de incorporarle al Estado por la Falange*» (12).

Hermandad por lo tanto de la Iglesia con la Falange como tal, tirantéz con el sector radical de ella; y no porque se viese en esos falangistas la punta de lanza del totalitarismo y el fascismo triunfante

(11) ARRESE, J. L.: *La revolución social del Nacional Sindicalismo*. Madrid, 1940, pág. 41.

(12) «Signo»: 7-IX-1940. No se trata de una consigna impuesta por el gobierno: el lema responde a una frase del discurso, pronunciado ante los jóvenes congregados en Zaragoza, de Antonio García Pablos, Secretario General del Consejo Superior de la Juventud de Acción Católica.

en Europa (13). Precisamente por ello la disputa giró sobre todo en torno a temas educativos y culturales (14), y al control de la juventud (15). Una lucha por la educación que se refleja de forma persistente en revistas como «Razón y Fe» y «Ecclesia» a lo largo de los años 1939, 40 y 41 —precisamente los años de apogeo de los falangistas radicales, bajo Serrano—, de modo que raro es el número de esas publicaciones donde no se defiendan los denominados «derechos de la Iglesia» en materia educativa.

La posición doctrinal del clero al respecto era bien clara y terminante. En primer lugar, rechazo de la estatalización de la enseñanza: de ninguna manera un político católico puede considerar legítimo el monopolio estatal docente, sino que muy al contrario «la Iglesia debe tener sus propios centros donde designar libremente su propio profesorado», así como «el derecho a fundar y dirigir universidades». Pero los derechos de la Iglesia en absoluto terminan ahí, pues «la educación sólo es verdadera si es cristiana» y al tener la Iglesia «el derecho de inspección y vigilancia», debe exigirse que «los maestros y maestras de la nueva España sean católicos fervientes» para poder educar a «las nuevas generaciones de españoles surgidos de la fusión milagrosa del Requeté y la Falange»; por tanto el nuevo Estado y la Iglesia deben cooperar, «pero la primacía corresponde a la Iglesia siempre que se pueda producir algún desacuerdo», ya que «los problemas educativos y culturales son también espirituales»; así, es «la Iglesia quien debe imponer su criterio porque a causa de su poder directo sobre las cosas espirituales, posee también el indirecto sobre las temporales en cuanto estén relacionadas con las espirituales»; precisamente en base a ello la Iglesia «vigilará en los centros oficiales, especialmente la enseñanza de aquellas ciencias profanas en donde por su contenido pueden producirse conflictos con la fe si se cultivan sin criterios católicos». Ni que decir tiene que, sobre esta base, para la Iglesia la libertad de cátedra a la que se califica de «delicuescente decrepitu», «imbecilidad senil» e «ídolo y fetiche liberal», resulta incompatible con un «Estado católico, normativo y educador» (16).

(13) En este aspecto, la prensa católica española, con algunas excepciones y matices que ya veremos, asumió perfectamente, y hasta que la guerra mundial cambió de rumbo, el totalitarismo, el fascismo y lo que se dio en llamar el nuevo orden.

(14) Ya Sáinz Rodríguez, ministro de Educación hasta agosto de 1939, fue acusado por algunos falangistas de una política sistemáticamente favorable a la Iglesia en materia de enseñanza y en detrimento de los derechos del Estado. Más tarde, Laín y Tovar, durante la discusión de la Ley de Ordenación Universitaria en las Cortes, fueron obligados por Arrese a retirar sus enmiendas, que D. Leopoldo Eijo consideraba como contrarias a los «derechos de la Iglesia» LAÍN, Pedro: *Discurso de conciencia*. Barcelona, 1976, pág. 292).

(15) Todavía en 1944 algunos falangistas exigían que el Estado «fuese el amo absoluto de las juventudes», educadas «totalitariamente» y con «total exclusividad» (MONTERO DIAZ: Conferencia ante la Vieja Guardia en marzo de 1944).

(16) «Razón y Fe»: «Amplitud del derecho docente de la Iglesia»; enero 1941. «Alocución de Vicente

Así pues, desconfianza de la Iglesia, en el terreno educativo, hacia un sector de la Falange, pero no porque éste fuese totalitario, sino porque se trataba de un totalitarismo renuente a aceptar el completo dominio clerical que se pretendía. Por eso mismo, insistimos, el enfrentamiento es sólo con los radicales falangistas y en absoluto con la en cierto modo también totalitaria Falange acomodada. Permítasenos aportar un ejemplo significativo de tal afirmación: en el verano de 1941 se celebra en El Escorial el Primer Consejo Nacional del Frente de Juventudes, donde acuden diversos sacerdotes como conferenciantes y cuyas intervenciones son acogidas amplia y elogiosamente en las páginas de «Ecclesia». Así, según la revista de Acción Católica, intervinieron entre otros el marista Manuel Rodríguez, quien «habló del sentido totalitario de la educación cuya misión es formar cristianamente al español», y el agustino López Ortiz para señalar como «la postura de la Falange es auténtica y hondamente religiosa» y pide a la Iglesia, «cuando lo necesita, asistencia de orden moral» (17).

Si el enfrentamiento en el terreno educativo es, como vemos, el de dos autoritarismos que se disputan el monopolio sobre la juventud, el enfrentamiento en el terreno cultural entre los radicales falangistas y el clero español se presenta en las publicaciones de ambos sectores como un choque entre una actitud de cierta tolerancia y apertura intelectual y otra mucho más rígida y cerrada. No es tolerable para «Ecclesia», por ejemplo, la recuperación que el grupo de Ridruejo intenta con autores como Juan Ramón Jiménez «caído en la neurastenia poética y en la esterilidad», Rabindranath Tagore «morboso, delincuente, enervante y de un panteísmo desmayado», Ortega y Gasset «uno de los escritores más nocivos para la formación de la juventud», o la Generación del 98 «de morbosidad decadente, actitud anárquica y desplantes negativos» (18). La misma es la actitud de «Signo», sólo que más radicalizada pues el ultraconservadurismo católico de la época adopta en esta revista, precisamente por su carácter juvenil, un tono de radical demagogia antimoderna y medievalizante. La expresión «España martillo de herejes» es constante en sus páginas, igual que los ataques a las «tertulias frívolas», a los bailes, a las «terrazas de los cafés» y a películas como «Margarita Gautier», estrenada en Madrid a finales de 1939 y «basada en la obra de un autor excomulgado» (19). «Creemos en la intransigencia de la verdad católica» gritan los jóvenes redactores de «Signo», «la juventud católica debe acudir hoy a beber en la corriente pura de Santo Tomás, desentendidos... de las torpes ilusiones de la

Garman»; julio 1939. «Criterios católicos en materia de educación»; marzo 1941. «Editorial»; junio 1941. «Ecclesia»: 1-VI-1941.

(17) «Ecclesia»: Editorial; 1-IX-1941.

(18) «Ecclesia»: Crítica bibliográfica del P. Félix García; 1-XI-41 y 15-XII-41.

(19) «Signo»: 19-IX-1939.

filosofía moderna... Lancemos un nuevo juramento: reneguemos de Kant, Descartes, Schelling, Hegel, Marx, Bergson y Heidegger... Creemos que la filosofía y la teología son dos miembros de un mismo cuerpo: la Verdad» (20).

La polémica que acabamos de resumir no llegó de la misma forma a las publicaciones diarias. Estas, fuesen de la Iglesia o no, estaban sometidas a una censura infinitamente más rígida que las revistas de corta tirada de tipo religioso o cultural. Por eso, por ejemplo, en la prensa diaria de Sevilla sólo se escucha un debilísimo eco casi inapreciable de aquellas tensiones. En realidad este eco proviene precisamente de las consignas que, cuando aún los falangistas radicales controlan la prensa, buscan disipar cualquier sospecha de un enfrentamiento Iglesia-Estado. De esta manera, «ABC» en octubre de 1939 (21) al comentar las medidas del gobierno en favor de la Iglesia escribe: «se procede así, como gobierno católico, al frente del Estado más católico, hoy el único íntegramente católico; por eso suponemos con qué profunda gratitud ha de acoger el Vaticano esta política del nuevo régimen»; y con más contundencia aún el diario «FE»: «No se debe confundir el interés clerical, o eclesiástico, con el alto interés católico que se confunde con el interés nacional...; los prelados no deben olvidar jamás que además de obispos católicos, son preclaros ciudadanos cuya colaboración leal al engrandecimiento de la Patria, amén de un deber es seguir la tradición de obispos como Gelmírez, Mendoza o Cisneros» (22). Después ya ningún otro eco en los rotativos sevillanos hasta 1944, cuando desplazada del poder la Falange radical, «El Correo de Andalucía» puede decir: «Los que anhelamos la formación cristiana de nuestra juventud universitaria (venimos observando) una palmaria contradicción: por un lado los dirigentes educativos del Movimiento Nacional proclaman que la Universidad ha de ser católica en su mentalidad y en su práctica; pero por otra parte, ciertos sectores de indudable influjo en la masa estudiantil exaltan a diestro y siniestro a Unamuno como máximo español y modelo de españoles, cuando en realidad Unamuno es anticatólico en su obra e imposible para los jóvenes leerle sin sentir vacilar sus convicciones religiosas»; una contradicción, concluye «El Correo», provocada por «ciertos elementos que buscan descatolizar de hecho a la juventud» (23).

* * *

Entre 1939 y 1942, aparte de los motivos educativos y culturales a los que ya nos hemos referido, se ha dicho también que existieron

(20) «Signo»: Artículo en primera plana; 2-III-1940.

(21) «ABC»: 24-X-1939.

(22) «FE»: 27-X-1939.

(23) «El Correo de Andalucía»: 10-III-1944.

motivos de fuerte tensión entre la Iglesia y la Falange en base a que parte del episcopado español veía un indudable peligro en la imitación que los falangistas podían hacer del ideario o la práctica nazis o fascistas (24). Es esta un tesis que debe ser matizada y completada.

En primer lugar, y al menos hasta 1942, los políticos españoles procedentes del campo católico (Propagandistas y Acción Católica) no tienen empacho alguno en aceptar las formas de Estado totalitarias y fascistas, su estilo, su lenguaje y su ritual; sólo ocasionalmente se permiten alguna reserva acerca de los peligros de un excesivo estatismo (25). En segundo lugar, y ello es clave, de ninguna manera puede pensarse que la oposición o desconfianza —ya veremos si grande o pequeña— hacia los fascismos europeos por una parte de la jerarquía eclesiástica, lo fuese en nombre de ideas de libertad o democracia. Muy al contrario, la Iglesia de España en los años que estudiamos está defendiendo unas posiciones políticas, sociales y económicas que de hecho son una propuesta de vuelta al Antiguo Régimen anterior a la Revolución Francesa, a la que se considera origen de todos los males. El antiliberalismo, el rechazo de la democracia, del capitalismo y del marxismo, o la defensa a ultranza del gremialismo medieval y la unión del trono y el altar, son temas permanentes en las páginas de las publicaciones de la Iglesia española. Citemos algunos textos:

Para los entusiastas jóvenes —admiradores de Vázquez de Mella y de Maeztu— que redactaban «Signo», y que en 1940 consideraban a los Estados Unidos «el baluarte de los principios de la Revolución Francesa y de perversión intelectual nacida de la Enciclopedia» (26), «España con el auxilio divino ya no anda por la cuerda floja del liberalismo» y siguiendo su destino «se verá libre de masonería, de marxismo destructor y de capitalismo egoísta» (27); libre también de cualquier nefasto intento de modernizar tanto el catolicismo («como hace Maritain, ese beato sin categoría y pusilánime pacifista») (28), como la vida cotidiana («menos deporte en la mujer y más educación para el hogar. Menos coeducación, el lugar es lo de menos si son iguales las asignaturas. Menos instrucción que desorienta y más moralidad que construye. Menos técnica y más espíritu. Menos cine y más oración en las iglesias») (29).

(24) TUSELL, J.: *Franco y los católicos*; pág. 24. Se puede ver también el artículo de Antonio Marquina sobre «Los planes culturales alemanes en España»; «Razón y Fe»: abril 1944.

(25) Resultan al respecto esclarecedoras obras como la de J. R. Montero: *Las bases ideológicas de un régimen*.

(26) «Signo»: «La Hispanidad un motivo más»; 5-V-1940.

(27) «Signo»: Editorial; 24-IX-1939.

(28) «Signo»: «Un beato y gracias»; 14-X-1940.

(29) «Signo»: «Palinodia trágica»; 17-VIII-1940.

Así hablaban los jóvenes de Acción Católica. Los adultos de la revista «Ecclesia» también: «Importa reiterar ahora que la Iglesia es depositaria y maestra de la verdad en todas las materias conexas con el orden moral, de tal modo que no hay problema fundamental en lo jurídico, lo político y lo económico que no reciba de ella las soluciones supremas» (30). Por eso, en lo político la tarea principal del Estado es la «recristianización de España», y en lo socioeconómico, dada «la decadencia del capitalismo» y el rechazo del marxismo, sólo queda como posible y justa «la reforma según criterios corporativos» tal como fue definida por León XIII y Pío XI (31).

Ahora bien, es en la rigurosa revista de los jesuitas «Razón y Fe» donde este rechazo de la modernidad adquiere una mayor nitidez. Para sus inspiradores, frente a la economía y la estructura social moderna, España debe seguir «la línea medieval»; el rechazo del liberalismo económico y su sustitución por el sistema gremial; el rechazo de las grandes urbes y la defensa de los pequeños núcleos rurales; y sobre todo, rechazo de la democracia y defensa de un «Estado autoritario que sin embargo respete» el orden jerárquico entre las diversas asociaciones naturales y la supremacía y paternal tutela de la Iglesia (32).

Por lo tanto, y desde esta posición ultraconservadora, ¿cómo presenta la Iglesia española, entre 1939 y 1942 —cuando el nuevo orden parece algo definitivo— los fascismos europeos en sus publicaciones más prestigiosas? No podemos detenernos exhaustivamente en ello; pero sí cabe, ahora, una presentación general y esquemática, utilizando las tres revistas últimamente citadas.

Para «Signo», a lo largo de 1939 y hasta bien entrado 1940, existe una distinción clara entre el nazismo alemán y los otros fascismos europeos. Mientras que estos fascismos son presentados siempre en tono elogioso, y casi siempre en base a sus buenas relaciones con la Iglesia (Mussolini ha firmado el Pacto de Letrán, Vichy ha suprimido las leyes laicas y reprime la masonería, la Guardia de Hierro rumana quiere el reino de Cristo, Tiso de Eslovaquia es un sacerdote católico, o Ante Pavelic en Croacia protegerá al clero) (33), en la posición frente a los nazis existen dos fases bien diferenciadas: hasta la caída de Francia el régimen de Hitler es censurado abiertamente en lo que tiene de «pagano», «estatista», «idólatra» y «racista» (34); pero a partir de junio del

(30) «Ecclesia»: Editorial; 1-VI-1941.

(31) «Ecclesia»: «Las encíclicas sociales»; 15-V-1941.

(32) «Razón y Fe»: «Crítica de libros»; abril 1941. «Lo que fueron nuestros gremios»; marzo 1940. «Los gremios en la España imperial»; marzo 1941. «El campo y la ciudad»; noviembre 1939. «Entre el individuo y el Estado»; octubre 1939. «La autoridad civil y su contenido cristiano»; abril 1940. «Sobre el patriotismo»; julio 1939.

(33) Ejemplos en «Signo»: 8-XII-1939; 7-I-1940; 29-VI-1940; 13-VII-1940; 27-VII-1940; 3-VIII-1940; 10-VIII-1940; 14-IX-1940; 9-XI-1940.

(34) Ejemplos en «Signo»: 24-IX-1939; 20-X-1939; 8-XII-1939; 20-I-1940; 17-II-1940; 16-III-1940.

40 la actitud cambia y «Signo» se coloca al lado del vencedor: desde este momento todo son ya elogios al nuevo orden totalitario que ha barrido los principios de la Revolución Francesa, y del que España, con su «cruzada», fue la precursora; un orden nuevo que liderado por Alemania y Hitler supone la entrada en una nueva era histórica a la que España tiene el deber de aportar su influencia católica (35).

Con respecto a «Ecclesia», 1941, el año de su fundación, viene caracterizado por una moderada y tímida crítica de los sistemas fascistas en su conjunto. Nada de rechazo abierto ni siquiera del nazismo; pero sí alusiones, en las que jamás se especifican partidos o estados, a los peligros del estatismo, del racismo, o la concepción de la nación como valor supremo; y una moderada crítica también a los sistemas totalitarios, no por ser totalitarios sino por no aceptar a «la Iglesia como depositaria y maestra de la Verdad» (36). Pero cuando el nuevo orden parezca haber triunfado de forma irreversible, la revista adoptará una línea muy similar a la de «Signo»: aceptación y colaboración, aunque matizando que deben respetarse siempre los principios de propiedad, trabajo y familia si se quiere que este nuevo orden se inspire en «un ideal de cristiana fraternidad» (37). «Ecclesia», además, terminará el año 1941, y a partir de la invasión de Rusia, identificando el nuevo orden con una «cruzada anticomunista» que «contribuirá a la fundación de la unidad europea» (38). Concluyendo pues: para el lector de estas dos publicaciones de Acción Católica, la Iglesia española aparece aceptando y apoyando, con leves matizaciones que van disminuyendo en la misma proporción que aumentan los triunfos del Eje, el nuevo orden creado por los fascismos en Europa. Una posición libremente asumida ante lo que se ve como inevitable; tan libremente asumida, y no impuesta por consigna alguna del gobierno español, que otra revista católica pero ya no dependiente de la jerarquía episcopal, «Razón y Fe», en los mismos años adopta una actitud nada ambigua y radicalmente distinta.

En efecto, frente a la timidez o colaboracionismo de «Signo» o «Ecclesia», la revista de los jesuitas, con una absoluta libertad de espíritu, arremete contra el nacionalsocialismo citándolo por su nombre y por sus obras, con condenas expresas de «Mein Kampf» de Hitler o «El mito del Siglo XX» de Rosenberg (39). Pero es más, desde el día siguiente de concluida la guerra civil, «Razón y Fe» marca la distancia entre los fascismos en su conjunto, de peligroso estatismo, y el nuevo régimen español, autoritario pero cuya esencia es la catolicidad y la tradición. Desde una postura ultraconservadora pero claramente antifas-

(35) Ejemplos en «Signo»: 29-VI-1940; 6-VII-1940; 27-VII-1940; 21-IX-1940.

(36) «Ecclesia»: Editorial; 24-IX-1941.

(37) «Ecclesia»: 15-VIII-1941.

(38) «Ecclesia»: «Contra el comunismo ateo»; 1-VIII-1941.

(39) «Razón y Fe»: Febrero 1940.

cista, el modelo para la Compañía de Jesús será el Estado fuerte, autoritario, corporativo, antiliberal y antiparlamentario pero «sometido a la Divinidad y sin confundir a Dios con el César» (40); dicho con otras palabras: «un totalitarismo bien entendido» (41) que coloca al Estado bajo la supervisión de la Iglesia (42); modelo éste que sólo se da, para los jesuitas, en España y Portugal. Por lo tanto, ningún elogio en sus páginas ni al nuevo orden, ni siquiera a la «cruzada europea contra Rusia».

* * *

Sentado todo lo anterior, llega el momento de centrar este trabajo en el periódico católico de Sevilla, «El Correo de Andalucía», y en sus colegas «ABC» y «FE». Se trata ya de impresos que no poseen la libertad de las publicaciones no diarias dependientes de la Iglesia y que están por tanto sometidos a un férreo control de censura y consignas.

En base precisamente a este control y estas consignas, al estudiar la posición del régimen español ante los fascismos en función del desarrollo de la guerra mundial, se suele colocar el punto de inflexión en noviembre de 1942: antes de esa fecha la dictadura de Franco está claramente alineada con las potencias del Eje, y en este sentido orienta toda la prensa del país; a partir, en cambio, del desembarco anglosajón en el Norte de África, el régimen se desengancha rápidamente de los estados totalitarios, con su correspondiente reflejo en los periódicos.

Pues bien, por lo menos en lo que se refiere a los tres rotativos sevillanos que hemos elegido como muestra, el punto de inflexión no es noviembre del 42 sino el momento de la caída de Mussolini. Es a partir de ahí cuando de verdad se aprecia un desenganche de los fascismos, tanto en las palabras de los jerarcas franquistas, como en los comentarios de la prensa diaria (43). Y es sólo a partir de julio del 43 cuando la referencia al fascismo europeo deja de tener un unánime tono elo-

(40) «Razón y Fe»: Abril 1940.

(41) «Razón y Fe»: Junio 1940.

(42) «Razón y Fe»: Abril 1940.

(43) Por ejemplo, todavía el 8 de diciembre de 1942, el Caudillo en un discurso ante el III Consejo Nacional de Falange, sigue identificando substancialmente el régimen español y el fascismo con estas palabras: «El genio de Mussolini da cauce y solución fascista al hermanar por primera vez en la historia lo social y lo nacional... Más tarde Alemania da nueva solución a las inquietudes populares con el nacionalsocialismo que... une por segunda vez en Europa lo nacional con lo social. No se trata de movimientos particulares, sino sólo facetas de un solo movimiento general de rebeldía de las masas civilizadas del mundo... En España no sólo se funde lo nacional con lo social, sino también con el alma católica». Mientras que en cambio, casi un año después, el 8 de septiembre del 43, inmediata la capitulación de Italia, en un discurso en Burgos Arrese proclama ya que «la Falange no busca un Estado totalitario», pues mientras que «el totalitarismo es un sometimiento del hombre al fin supremo del Estado, el falangismo es un sometimiento del Estado al fin supremo del hombre».

gioso en los periódicos sevillanos. Por último, una nueva inflexión, que no es más que una aceleración en ese desengache, se produce a partir del desembarco aliado en Normandía. Es así, teniendo en cuenta estas fechas claves o puntos de inflexión, como hemos elaborado el cuadro que figura al final de estas páginas.

El cuadro pretende ofrecer de una forma esquemática y abarcable la imagen que los distintos diarios sevillanos ofrecen de los fascismos a sus lectores. Dicho de otra manera: estos periódicos a través de sus noticias de agencia, de editoriales, artículos y crónicas de correspondientes, califican con frecuencia, o definen, o resaltan determinadas características o rasgos, bien del fascismo en general, bien de algún movimiento fascista concreto. Lo que hemos hecho ha sido, por lo tanto, agrupar por fechas esas caracterizaciones o definiciones, e incluirlas en su casilla correspondiente con una cifra que indica un tanto por ciento. Así por ejemplo, para el año 1939 al número total de veces que «El Correo de Andalucía» caracteriza al fascismo le damos la cifra 100; con lo cual el fascismo es presentado ese año como un movimiento «antisemita» en un 23,6 por ciento de los casos, como «antidemócrata» en un 11,8 por ciento, o como defensor de la «justicia social» en un 3,9 por ciento. Creemos, por lo tanto, que este cuadro puede proporcionarnos una indicación cuantitativa de lo que el lector del periódico entiende por fascismo a lo largo de esos años, de acuerdo con la voluntad de ese periódico; una indicación tan sólo, que debe ser completada con lo que llamaríamos una técnica o metodología impresionista a base de la aportación de textos significativos de las páginas del diario en cuestión.

Como se aprecia, la cronología utilizada en la elaboración del cuadro no ha sido la de estrictos años naturales sino que se han tenido en cuenta los momentos o puntos de inflexión a los que nos hemos referido, y que vienen dados por los avatares de la guerra mundial; avatares que inciden de forma decisiva en la presentación que los periódicos hacen de los regímenes o movimientos totalitarios. En concreto, hemos agrupado 1940 y 1941 en una sola columna en cuanto que en esos dos años, el período de auge del nuevo orden, se tenía la impresión de haber entrado en una nueva era histórica caracterizada por la expansión mundial del fascismo. La columna correspondiente a 1943 abarca sólo hasta fines de junio, en cuanto que en julio se produce la caída de Mussolini que como sabemos haría cambiar la postura internacional del régimen español y su autodefinición; y la siguiente columna la prolongamos, en cambio, hasta el momento de la invasión de Normandía, que hizo evidente para todos el final del «imperio de los mil años».

No es posible en el espacio de que disponemos analizar cada una de las caracterizaciones o definiciones que aparecen en el cuadro; quede ello para trabajos posteriores, y sin embargo sí cabe, en base a él, un

análisis de la evolución general de los diarios sevillanos ante el fenómeno fascista; y cabe también en estas páginas detenernos, a modo de muestra, en algo que en el referido cuadro atrae de inmediato la atención. A saber, que para el diario católico de Sevilla, durante 1939, 40 y 41, uno de los rasgos más distintivos del fascismo es su carácter o contenido religioso; y dentro de esta interpretación, la tendencia del periódico a presentar específicamente el nazismo, o al menos la Alemania nazi, como no incompatible con la Iglesia católica. Veamos todo ello con la máxima precisión posible y en relación con los otros dos rotativos de Sevilla.

No cabe duda de que aquellos católicos españoles que se sentían fascinados por el nacionalsocialismo y la figura de Hitler tropezaban con una dificultad grave: la condena que se había hecho desde el Vaticano y la tensión creciente catolicismo romano-nazismo que se filtraba hasta la opinión pública a pesar de la censura. Los más afectados por esta contradicción tenían que ser sin duda los falangistas católicos y pronazis; por eso fue en sus filas donde, a modo de reacción ante una realidad inasumible, propagandistas, escritores y periodistas empezaron a resaltar en el régimen nazi precisamente todo aquello, por nimio que fuera, que pudiese ser presentado como favorable a la Iglesia. Una buena muestra de lo que decimos puede encontrarse en el libro de Luis de Galinsoga, «Del Bidasoa al Danubio bajo el pabellón del Reich» (Madrid, 1940). Se trata de una obrita de propaganda nazi donde su autor se esfuerza continuamente, a base sobre todo de expresiones y jaculatorias piadosas, por presentarse ante el lector como católico practicante y ortodoxo ya desde la misma dedicatoria de la obra: «Con una ferviente oración cristiana... a la memoria sagrada de los voluntarios de la Legión Cóndor; sangre hermanada con la sangre española... sobre cuyas bases ha de erigirse el nuevo orden de Europa»; bajo este mismo espíritu el autor dedicará, por ejemplo, un capítulo entero a describirnos las concurridas misas domingueras de Alemania y «el apacible deambular de los católicos berlineses tranquilos en su conciencia religiosa cumplidora y firmes en su conciencia civil nacionalsocialista» (44).

No es, desde luego, el único caso: con fecha de edición de noviembre de 1943, se imprime en Madrid un libro de Carmen Velacoracho que bajo el título de «Un caudillo» no es más que una indigesta apología hitleriana, y en el que destacan tres ideas matrices: antisemitismo primario y feroz, necesidad de la lucha al lado de Alemania y, lo que ahora nos interesa, un intento continuado por identificar nazismo y catolicismo. Así, la autora, que se declara ferviente católica, no tiene empacho en llenar su obra de expresiones como ésta: «Hitler verdadero apóstol del socialismo que con el nombre de cristianismo nos predicó

(44) GALINSOGA, Luis de: *op. cit.*, págs. 171 a 176.

el Mesías»; «Hitler fabrica el puente que tendió el Crucificado»; «y nace un hombre, y a ese hombre lo crucifican, pero nace otro que en sus labios tiene siempre la Providencia y la Patria, y ese hombre logra hacer brillar la verdadera luz»; «la Divina Providencia, en la cual cree tanto Hitler, es su guardadora» (45). Y así, *ad nauseam*, hasta el final del libro que termina con esta invocación: «Dios mío, ¿qué va a ser de nosotros, de nuestros hijos si a él (Hitler) lo vencen? Católicos ¡Apresuraos a defender vuestra religión! Señor, Señor, en vuestras manos pongo el destino de Europa».

En fin, se puede continuar fácilmente buscando ejemplos similares en los libros de inspiración falangista de la época, incluso en una fecha tan avanzada como 1944; pero limitémonos a un último caso. En ese año de 1944 aparece «Italia fuera de combate» de Ismael Herráiz; libro asombrosamente sincero para la época, reconoce «las diferencias casi insalvables entre la Santa Sede y el nacionalsocialismo» (46), pero para añadir inmediatamente que sólo el «fariseísmo» puede sostener la «falacia» de un imposible acuerdo entre Iglesia y nazismo, ya que la historia política nos enseña cómo la Iglesia ha convivido «pacífica y cordialmente» con gobiernos y estadistas anticatólicos como es el caso de «la casa de Saboya que siempre hizo política antivaticana». Para el autor, en fin, las tensas relaciones nazi-vaticanas se deben, más que a otra causa, a fallos de tipo diplomático, que sin duda están en trance de ser superados con la llegada de un nuevo y hábil embajador alemán (47) ante la Santa Sede (48).

En resumen, intentos falangistas por superar el dilema de dos amores incompatibles: catolicismo y nazismo. Pero, como ya hemos adelantado y en este momento debemos exponer, posición similar en las páginas del diario del arzobispado hispalense que, entre 1939 y fines del 41, busca transmitir a sus lectores la imagen de un régimen nazi favorecedor con amplitud del catolicismo (49).

No se trata sólo de la reproducción en las páginas de «El Correo

(45) VELACORACHO, C.: *op. cit.*, págs. 42, 43, 45 y 64.

(46) HERRAIZ, I.: *op. cit.*, pág. 169.

(47) Se refiere a Von Weizsaecker.

(48) HERRAIZ, I.: *op. cit.*, págs. 169 a 176.

(49) La línea de orientación de «El Correo de Andalucía» al respecto aparece como muy similar a la adoptada por la revista de los jóvenes de Acción Católica durante el verano de 1940. «Signo» escribe: «Existe en estos días el rumor de una aproximación quizás no lejana entre la Santa Sede y el III Reich que sentaría las bases de esa paz de la Iglesia que no logró el concordato de 1934... es una noticia jubilosa... Nosotros quisiéramos que Alemania entera pensase como el orden nuevo llevará el signo de la cruz o no llegará a dar la paz a Europa. Podemos imaginar y desear (que se llegue) a rematar con una cruz aquella fábrica imperial que fundada por Bismarck es reconstruida en nuestros días con potencia gigantesca por Hitler que debe descubrir en el catolicismo el único cimiento de roca sobre el que asentar en el futuro la organización neomedieval del Pontificado y el Imperio» («Signo»: «Los católicos de Alemania a la España católica»; 31-VIII-1940).

de Andalucía» de amplios extractos de los discursos de Hitler, en los que siempre, tipográficamente, se atrae la atención sobre los llamados del Führer a la «Divina Providencia» o al «Todo Poderoso»; se trata más bien de que el periódico, aceptando la idea de un nacionalsocialismo con «peculiares tendencias adaptadas a la psicología del pueblo alemán» (50), resalta como estas peculiares tendencias no parecen dificultar en lo más mínimo la vida católica, sino todo lo contrario, hasta el punto de llegarse a escribir que «la anexión de los territorios de Austria y Sudetes y la creación del protectorado de Bohemia y Moravia», territorios éstos con mayoría católica, «ha tenido como consecuencia variar en beneficio de los católicos, frente a los protestantes, la población total del Reich» (51). Igualmente, cuando se da cuenta de la iniciativa del episcopado alemán de enviar a España miles de objetos de culto con que paliar los destruidos durante la guerra civil, se remarca cómo «el gobierno alemán, tan amigo de España, no sólo aprueba y autoriza (esta donación) sino que dará todas las facilidades» (52). Pero perfilémos más. Con titular a cuatro columnas en primera plana donde se anuncia «*Alemania restablece en Polonia el culto católico - Magna sesión de obispos alemanes*», el corresponsal del diario en Berlín escribe: «queremos indicar... dentro del mérito principal de la obra de Hitler... algunas medidas de carácter religioso (como) la reunión de todos los obispos de la Gran Alemania; (asimismo otra medida) que acentuará el prestigio de Alemania en los pueblos católicos es la decisión del Dr. Franck, gobernador de Polonia, de que se abran dos seminarios; también el ministro Kerl para asuntos eclesiásticos ha ordenado que los 50.000 trabajadores civiles polacos que actualmente se encuentran empleados en Alemania tengan sus capellanes para el culto» (53). Dentro de esta misma línea de catolizar la imagen del nazismo, «El Correo» hace mención a la pastoral del Cardenal Schulte, que según el rotativo sevillano se refería a las victorias del ejército germano y donde el prelado «señalaba que la nación alemana de conformidad con la invitación del Führer debe dar gracias al Altísimo» (54), así como a la Asamblea de obispos católicos de Fulda, donde según el diario, los obispos han entregado «algunos datos que demuestran cómo la vigente legislación alemana no es obstáculo alguno, en materia de matrimonio, para que puedan cumplirse los preceptos de la religión» (55).

Quédanos sólo, para cerrar este aspecto concreto de la postura del diario sevillano, precisar que ninguno de los textos que hemos repro-

(50) «El Correo de Andalucía»: Reseña del libro «Socialismo contra Marxismo»; 10-IX-1939.

(51) «El Correo»: Sección fija «Ecos»; 13-V-1939.

(52) «El Correo»: Artículo de Francisco Carrillo; 31-VIII-1939.

(53) «El Correo»: 4-VIII-1940.

(54) «El Correo»: 2-VII-1940; Primera Plana.

(55) «El Correo»: Crónica desde Berlín de E. del Campo; 25-VIII-1940.

ducido se debe a consigna gubernamental, no existiendo así referencias similares en el «ABC» sevillano. Añadamos por fin, que este peculiar intento de bautizar la imagen del nazismo en las páginas de «El Correo» no se prolongará más allá de comienzos de 1942.

Mucha menos dificultad que el «bautizo» del nacionalsocialismo ofrecía para la prensa la presentación del carácter supuestamente religioso de los otros fascismos europeos, en especial el italiano. En este caso existe una casi identidad cualitativa entre la presentación que se hace en «El Correo» y la que ofrece «ABC», aunque sigue dándose una notable diferencia cuantitativa. Cuantitativamente «El Correo» considera a los fascismos como religiosos en un 11,8 por ciento de las veces en que son presentados o caracterizados en el periódico durante 1939, y en un 13,6 durante 1940-41; para «ABC» en cambio, 9 por ciento en 1939 y cero por ciento en 1940-41. Pero, cualitativamente, el tratamiento que dan ambos periódicos al régimen mussoliniano es idéntico en su contenido: el fascismo italiano demuestra su religiosidad a través de las excelentes relaciones con la Iglesia y el Pontificado (56); es Mussolini quien ha firmado el tratado de Letrán y es sobre todo su régimen el que de forma pública y simbólica reconcilia al Estado italiano con la Iglesia. De esta manera, «El Correo» y «ABC» darán una enorme importancia —a través de comentarios, noticias y grandes titulares en primera página— a la visita que Pío XII, en diciembre de 1939, realiza a los reyes de Italia en el Quirinal; una visita, se dice, que «reafirma el acuerdo de Letrán», que supone «la reconciliación espontánea merced a la Divina Providencia», y que «constituye un ejemplo para el mundo de lo que puede conseguir la buena voluntad y absoluta lealtad»; un encuentro, se precisa, «entre la Iglesia eterna y la Italia fascista por obra del Duce y de la diplomacia más sutil»; una visita, en fin, con la que «ha culminado la catolicidad de la monarquía italiana, que levanta un imperio a la manera clásica tradicional y cristiana» (57). Fascismo italiano, además, que demuestra su catolicidad no sólo en actos y acuerdos diplomáticos, sino en su propia esencia, ya que es ante todo «latino y católico» y «defensor de la civilización cristiana» (58).

No sólo la Italia fascista, también la Francia de Vichy durante 1940 y 41 es presentada con un pretendido realce, por «ABC» y «El Correo», de sus rasgos católicos. Se insiste siempre en que Petain, el creador del nuevo régimen francés y líder de su Revolución Nacional,

(56) Por supuesto ni «El Correo» ni «ABC» hacen la más mínima referencia a las tensiones entre el régimen de Mussolini y la Santa Sede, por ejemplo en torno al control de la juventud o al status de la Acción Católica italiana. Es evidente que se trata de una omisión impuesta por la censura. Sin embargo, también es evidente que la Dirección de Prensa no obligaba al diario católico de Sevilla a incrementar las noticias o comentarios sobre la religiosidad del fascismo italiano en relación con las que publicaba «ABC» por las mismas fechas.

(57) «El Correo»: 24-XII-1939; 29-XII-1939. «ABC»: 28-XII-1939.

(58) «El Correo»: 15-VI-1939; 14-VII-1939. «ABC»: 14-VI-1939.

es antes que nada un creyente; se da un especial realce a la anulación de las «leyes laicas» de la III República; y se comenta ampliamente el anuncio de las medidas a tomar para la «protección de la familia» y la «moral» del pueblo francés, «corrompido» por políticos demócratas, liberales y masones (59).

Si nos hemos referido hasta el momento sólo a «El Correo» y «ABC», es porque para el diario falangista «FE» el contenido religioso de los fascismos es, entre 1939 y 1942, una cosa bien distinta y se asemeja a lo que los propios fascismos suelen entender por esencia religiosa de sus movimientos, especialmente a lo que entiende el propio Mussolini cuando define el fascismo como «una concepción religiosa, en la cual el hombre es comprendido en su inmanente relación con una ley superior, con una voluntad objetiva que trasciende del individuo particular y lo eleve a miembro consciente de una sociedad espiritual» (60). Una religiosidad, y es lo distintivo, que no viene dada fundamentalmente, como para «ABC» o «El Correo», por una praxis concreta acorde con la Iglesia o con la doctrina católica, sino por colocar «sobre la personalidad individual la intemporal personalidad de la Patria, a cuyos fines supremos y trascendentes el hombre se supedita» (61); algo, obviamente, que tiene poco que ver con lo que la ortodoxia cristiana entiende por espíritu religioso, pero que permite al periódico de la Falange sevillana calificar, por ejemplo, a la propaganda cultural de los estados totalitarios de «apostolado» (62) y al «Caudillo, el Duce y el Fuhrer, como enviados de Dios para libertar al pueblo» (63).

A partir de finales de 1942, cuando la guerra y sobre todo la batalla de Rusia comienza a cambiar de signo, el carácter religioso que los diarios de Sevilla adjudican al fascismo también cambia de sentido; ya los fascismos serán religiosos sobre todo en cuanto que su lucha contra el bolchevismo supone una «cruzada», la «defensa de la civilización cristiana», y un «enfrentamiento entre espiritualismo y materialismo». Pero precisemos esto con más detalle.

A comienzos del año 43 para «El Correo de Andalucía» la lucha que mantienen los estados totalitarios pasa a ser la lucha de la civilización de Europa en un doble frente, ya que «es preciso derrotar al bolchevismo para no ser víctimas del capitalismo anglosajón y es necesario vencer a los anglosajones para no ser víctimas de la Unión Soviética» (64). Pero como con el transcurrir de los meses la guerra, a la que se

(59) Abundantes ejemplos en «El Correo»: 12-VII-1940; 13-VII-1940; 28-VII-1940; 5-VIII-1940. «ABC»: 11-VII-1940; 13-VII-1940; 2-VIII-1940; 6-VIII-1940.

(60) MUSSOLINI, B.: *La dottrina del Fascismo*. Milán, 1932, pág. 3.

(61) MONTERO DIAZ: Conferencia ante la Vieja Guardia, 1944.

(62) «FE»: 12-VII-1939.

(63) «FE»: 28-VIII-1939.

(64) «El Correo»: 8-I-1943.

define de «ingente lucha antibolchevique», adquiere cada vez un peor aspecto para las naciones del Eje, el diario, como reacción, tiende a presentar cada vez más insistentemente al fascismo como la única fuerza capaz de salvar, ante el embate comunista, el cristianismo europeo, aunque ya no se insista en su específica a intrínseca religiosidad. «Tenemos que vigilar y orar», había dicho el obispo de Madrid-Alcalá, aludiendo a la situación de Europa, ante una concentración de maestros falangistas (65). Y, efectivamente, las páginas del diario católico sevillano se llenan a lo largo del año 44 de continuos llamamientos a la oración por la salvación del mundo, al mismo tiempo que transmiten una sensación de derrumbe y de pánico: es «la vieja civilización cristiana que sufre los embates del materialismo y la locura» (66); es el asesinato del líder fascista francés Henriot, «profundamente cristiano y que en su actuación pública y privada respondió siempre a la educación católica recibida (y colaboró con Alemania) para la salvación de Europa» (67); y es también, por ejemplo, la forma en que se presenta la toma del poder por el partido de la Cruz de Flechas «para salvar en Hungría los valores espirituales y eternos» (68).

Mientras que, como vemos y se cuantifica en el cuadro resumen, para «El Correo» desde el 43 los fascismos ya no tienen un carácter religioso salvo en lo que suponen de defensa coyuntural de la civilización cristiana, el diario «ABC» es precisamente durante ese año del 43 cuando más insiste en los valores específicamente cristianos y católicos que, estima, caracterizan al fascismo: «La dimensión humana de Hitler está candente de amor al prójimo», llega a escribir el periódico, que seguirá refiriéndose a Italia con los permanentes calificativos de «fascista y católica» (69). Pero, a partir del estrepitoso hundimiento de la Italia littoria, también para «ABC» la religiosidad de los fascismos quedará limitada a la defensa del Occidente cristiano, ya que una derrota militar de éstos supondría «la muerte de Occidente» y «el fin de la tradición moral europea» (70).

En cuanto a «FE», casi podría decirse que sufre, a medida que cambia el signo de la guerra, un proceso radicalmente inverso al de los otros dos periódicos sevillanos, de tal manera que justamente a partir del momento en que Italia queda fuera de combate y ya aparece como inevitable el hundimiento general de los fascismos, es cuando el diario falangista comienza a acentuar el carácter religioso de los mismos, que

(65) Conferencia de Eijo Garay ante el Primer Consejo Nacional del Magisterio el 3 de febrero de 1943.

(66) «El Correo»: 27-I-1944.

(67) «El Correo»: 30-VI-1944.

(68) «El Correo»: 20-X-1944.

(69) Ejemplos significativos en «ABC»: 10-II-1943; 12-II-1943; 21-IV-1943.

(70) «ABC»: 25-III-1944; 1-IX-1944.

son presentados como el último dique de «espiritualidad» y «religiosidad» en Europa frente a la marea de «materialismo» comunista y democrático (71). Así, a medida que el fascismo retrocede, «FE» lo va transmutando en una especie de orden religiosa cristiana de carácter militar: el mundo había vuelto a los antiguos valores espirituales por obra de Mussolini, pero ahora esos valores se encontraban en peligro ante «los aliados de ideología mercantilista». Lo que está en juego, piensa el órgano de expresión de los falangistas sevillanos, no es por lo tanto una mera cuestión política, sino un combate religioso; por ello «es preciso otorgar un carácter de cruzada» a la guerra contra Rusia en la que «el ejército alemán y los legionarios de otros países están cumpliendo una misión providencial, la gran misión que la Providencia les confió» (72). Por eso las noticias, crónicas y artículos de «FE» tienden a involucrar cada vez más a la Iglesia en la lucha, destacando por ejemplo el asesinato del padre Torricelli en Francia a manos de la resistencia, o la defensa que se dice ha hecho el cardenal Suhard del régimen de Vichy; y por eso también se dará un realce tipográfico especial a las declaraciones de Laval en el sentido de que «lo que se libra hoy no es una contienda ordinaria (sino) una guerra de religión entre bolchevismo y fascismo, ya que la democracia es la antesala del comunismo» (73). En fin, precisa la Falange sevillana, «quiera Dios» que el avance del socialismo y del comunismo tope siempre con el nazismo «que quiere decir amor y respeto a las tradiciones religiosas y afán de conservar los valores europeos» (74).

* * *

No nos es posible, ante las limitaciones de espacio, seguir procediendo a un análisis del cuadro que figura al final del trabajo; quede ello para ocasión posterior y quede lo dicho hasta aquí como una muestra de investigación. Pero sí nos parece necesario ofrecer la evolución de conjunto que los periódicos sevillanos sufren en su actitud frente al fascismo.

El año 1939 es para los tres diarios de Sevilla el año de la presentación pormenorizada de los fascismos. Se trata sobre todo de explicar a los lectores en qué consisten los estados y movimientos totalitarios,

(71) Ya Arrese escribía en 1940: «Fracasado y rechazable el liberalismo y el marxismo, la tercera solución al problema social es la solución espiritual... El fascismo italiano, el nacionalsocialismo y el nacionalsindicalismo son hijos de una misma madre: el espiritualismo» (*La revolución social del Nacional Sindicalismo*; pág. 35).

(72) «FE»: 3-I-1943; 26-VII-1943; 1-I-1944; 8-I-1944.

(73) «FE»: 8-I-1944; 9-I-1944; 8-IV-1944.

(74) «FE»: 30-VIII-1944.

cuáles son sus virtudes y cómo el régimen español surgido de la guerra civil se identifica con ellos; todo bajo un general tono ditirámico pero donde se dan, no obstante, gradaciones, de tal forma que, por ejemplo, si un lector de hoy sacase de todo contexto a esos tres diarios consideraría probablemente a «ABC» como una publicación elogiosa del fascismo, a «El Correo de Andalucía» como un periódico fascista y a «FE» como un diario al servicio de los intereses de Italia y Alemania.

Hay, en principio, una clara identificación entre «El Correo» y el fascismo italiano, hasta tal punto que los grandes fastos de la Italia littoria son recogidos en sus páginas con un alarde de espacio y titulares que se antoja difícil de superar por los propios diarios italianos (75). Pero identificación también con el resto de los fascismos europeos que demuestran su superioridad neta sobre las democracias; postura ésta, en principio, idéntica a la de los otros dos rotativos sevillanos, que durante el año 39 sostienen a coro como «si el siglo XIX fue el siglo del individuo, mil indicios nos muestran que éste será el siglo del fascismo» superador de los parlamentos, de la división política y de la lucha de clases que llevan al comunismo (76). Lo que sucede es que en este coro el tono antidemocrático de «El Correo» supera con mucho al de «ABC». Fijémonos así, en las noticias de agencia que transmiten opiniones o acontecimientos donde se «demuestra» la inferioridad de la democracia ante el estado totalitario: frecuentemente el texto de tales noticias es idéntico en «El Correo» y en «ABC», pero sin embargo, siempre, los titulares redactados por el diario católico tienen un carácter peyorativo hacia el sistema democrático que no se encuentra casi nunca en su colega de la mañana. He aquí una muestra: El 15 de mayo de 1939, «ABC» publica una noticia sobre conversaciones entre Inglaterra y Turquía; el titular es «*Conversaciones anglo-turcas*»; para el mismo texto de agencia y el mismo día, «El Correo» titula: «*Otra jugada de las democracias*». Y no es por supuesto un caso aislado sino la norma; titulares como «*Manejos democráticos*» o «*La Democracia abdica*» encabezan siempre noticias que no merecen tales titulares por parte de «ABC» (77). Y si de los textos de agencia pasamos a las crónicas de corresponsales y artículos firmados —y dejando aparte las consignas de obligada publicación— también se aprecian entre ambos periódicos matices diferenciadores en el sentido ya expresado; sobre todo por el hecho de que en el año 39 «ABC» es capaz de publicar, desde una posición conservadora, un par de artículos que aunque de estilo bas-

(75) Valga un ejemplo: «El Correo» del 10 de mayo del 39 publica en primera página los siguientes titulares a toda plana: «*El III aniversario de la proclamación del Imperio italiano - Imponentes manifestaciones en todas las ciudades - El Duce dirige la palabra a la multitud*». Por contra, a esta noticia los titulares de «ABC» sólo alcanzan media plana de la página 6 y con texto mucho menos llamativo.

(76) «El Correo»: 29-X-1939; «FE»: 28-X-1939.

(77) «El Correo»: 16-V-1939; 1-I-1939.

tante esotérico transmiten una cierta inquietud ante el estado totalitario, mensaje éste que ni por asomo se aprecia en las páginas de «El Correo» de ese año (78).

Donde sí existe, en cambio, una identidad absoluta entre todos los periódicos de Sevilla, en vísperas del conflicto mundial, es en la presentación de la ideología fascista como mancha de aceite que se extiende no ya sobre Europa sino sobre el mundo todo. «Como en Alemania e Italia, un partido nacional va a ser creado en EE.UU.» anuncia «El Correo» en primera plana (79). «Se constituye en Barcelona la Sección Española del Partido Popular Francés; la organización cuenta con 35.000 afiliados», comunica «ABC», que añade cómo el partido de Doriot busca la creación de un Estado «inspirado por la mística de la Patria y sus aspiraciones imperialistas (y dirigido) a batir al comunismo y al conservadurismo capitalista» (80). «Nuevo partido británico con la finalidad de buscar la cooperación con Alemania, Italia y Japón», nos comunica «El Correo» (81). «Régimen autoritario en Eslovaquia», anuncia el mismo diario (82). «El líder de los Solidaristas Nacionales belgas aspira a implantar un régimen autoritario» hace saber «ABC» (83). Y así a lo largo de todo el año, porque a decir de «FE» la marcha hacia el fascismo resulta imparable y en todas partes «se van acercando al Estado fuerte o fascista, y todos piden un Hitler, un Mussolini o un Franco» (84).

Naturalmente el diario falangista de Sevilla se lleva la palma en el elogio y la atención prestada a los fascismos (85). Pero sobre todo «FE» es capaz de describirnos con mucho más rigor y precisión la estructura de los movimientos y estados totalitarios; mientras que «El Correo» o «ABC» narran acontecimientos o prorrumpen en alabanzas,

(78) «De Maquiavelo a Rousseau» es el título de un artículo firmado por Emiliano Aguado en «ABC» del 4-V-1939 y donde se dice: «La obra de Maquiavelo origina un Estado aguerrido y fuerte. La de Rousseau un Estado carente de finalidad propia y con la única misión de salvaguardar los derechos del individuo, anteriores y superiores a toda forma estatal. Para Maquiavelo el Estado lo es todo; para Rousseau lo es todo el individuo a modo de entelequia... y nosotros nos preguntamos: ¿y el hombre?, el hombre queda abandonado entre un Estado máquina, mero instrumento de poder, o se diluye en un caos de voluntades tornadizas...».

Y Alvaro Cunheiro, bajo el título de «Vísperas europeas», escribe en «ABC» del 15-VII-1939: «Nosotros habremos de aforar el natural antiguo de las razones y las libertades. Siempre se nos hallará prefiriendo cristiandad contra espacio vital, hombre contra moneda... sangre de Cristo contra la pura estirpe dorada de Leviatán».

(79) «El Correo»: 24-V-1939.

(80) «ABC»: 22-VI-1939. La ceremonia de constitución del PPF en España tuvo lugar en la sede de la FET barcelonesa.

(81) «El Correo»: 6-VII-1939.

(82) «El Correo»: 23-VII-1939.

(83) «ABC»: 8-VIII-1939.

(84) «FE»: 10-VIII-1939.

(85) A diferencia de «ABC» y «El Correo» en los que predomina la noticia y la información, en «FE» hay un claro predominio de artículos de opinión firmados.

el periódico de la Falange analiza pormenorizadamente en qué consiste lo esencial de esos fascismos, recalcando con especial interés su carácter «revolucionario» en lo social y en lo económico. Así, en una serie de larguísimos artículos, Jiménez Caballero expone las influencias anarcosindicalistas en los orígenes del fascio italiano (86), mientras que Juan Beneyto intentará describir la organización corporativa italiana y el intervencionismo estatal sobre la producción y los trabajadores (87).

1939, por lo tanto, es el año de presentación de los fascistas en la prensa diaria sevillana, con una cierta riqueza de matices entre los tres periódicos de la provincia. Del 40 al 42 los matices diferenciadores desaparecen. El triunfo del nuevo orden en Europa sólo tolera la uniformidad en los diarios de toda España (88). Un nuevo orden que el escritor falangista Eugenio Montes definirá como «el tránsito de una era histórica a otra», el momento de «la voluptuosa agonía del mundo liberal y el nacimiento de otro duro, metálico y vibrante como un toque de clarín»; una era histórica que va a ver nacer en Europa una «unidad supranacional» entorpecida hasta entonces por Rusia e Inglaterra (89).

En verdad, la expansión victoriosa del fascismo aparecía como definitiva. Así, en el otoño de 1940 se reúne en Munich un congreso de juristas, para estudiar la cimentación moral y jurídica de la nueva Europa que se pensaba iba a surgir de la victoria alemana. Entre los asistentes, Dino Grandi, ministro de justicia italiano, que en posterior rueda de prensa el 26 de noviembre en Berlín expone cómo «partiendo de fuentes tan diversas como los derechos romano y germánico, nuestros dos sistemas —fascismo y nacionalsocialismo— han venido a desembocar en un campo jurídico absolutamente igual; y es que hemos podido comprobar» —sigue diciendo Grandi— «que la unidad de nuestra labor es sólo un aspecto de la revolución general europea que nosotros tutelamos y que podemos llamar la revolución del siglo XX». Es, pues, esta «revolución del siglo XX» la que hace exultar de gozo a la prensa falangista. Para sus redactores el nuevo orden es un fenómeno universal que sigue a la quiebra política, económica y moral de la democracia y el liberalismo, y que da origen a un nuevo tipo de Estado antimarxista, antiliberal y anticapitalista, que tiene como genuino instrumento de mediación entre él y el pueblo al partido único (90).

(86) «FE»: 21-VI-1939.

(87) «FE»: 31-VIII-1939.

(88) Comparados «El Correo» y el «ABC» de 1939 con los de los años 40 y 41, aquéllos dan, a pesar de la censura y las consignas, una sensación de libertad y de frescura —relativa por supuesto— de la que carecen por completo las ediciones posteriores a la caída de Francia.

(89) Eugenio Montes: Prólogo a *La Europa que he visto morir* de Carlos Sentís, Madrid 1942.

(90) El anticapitalismo y el carácter revolucionario que la Falange atribuye al fascismo, que se atribuye también a sí misma y que en efecto era una de las autodefiniciones preferidas de los ideólogos fascistas, tiene un contenido tan ambiguo y contradictorio como el de «antiburgués», otro término frecuente en el léxico de los jefes totalitarios. Es bien conocido cómo el proclamado

En esta tesitura, pocas diferencias podían existir entre la prensa de FET y los otros periódicos (91). Tanto «ABC» como «El Correo» acen-túan en sus páginas las noticias, los comentarios y las crónicas sobre la multiplicación de los regímenes fascistas, que se instauran siempre «en beneficio de los intereses supremos del Estado» (92). Así «ABC» in-forma a sus lectores de que Francia es «otra democracia que desapa-rece»; que en Holanda se ha constituido un «Movimiento Nacional» que en el término de pocas horas ha conseguido más de medio millón de afiliados; y que en Rumanía el régimen presidido por Antonescu «que gobernará en calidad de dictador y con facultades parecidas a las del Duce, se hace más totalitario aún» (93). Mientras que por su parte «El Correo» intenta explicar en sus páginas lo que será después de la guerra la Europa fascista con los siguientes titulares: «*Alemania y la recons-trucción de Europa - El oro dejará de tener importancia - Se suprimirán los artículos superfluos*» (94); a los que siguen éstos no menos signi-ficativos: «*El futuro orden económico de Europa: Imposibilidad de gue-rerras. Unificación del sistema económico. Partido único, supresión de la lucha de clases, disolución de las sociedades secretas y judaísmo*» (95).

Como hemos señalado en páginas anteriores, para algunos estudio-sos del franquismo, 1942 es el año en que se produce un viraje en la autorepresentación del régimen español que, a partir del desembarco anglosajón en el Norte de Africa, la caída de Serrano Suñer y la margi-nación parcial de la Falange, trata de desembarazarse de los atributos que lo identifican con los totalitarismos europeos y con los movimientos fascistas. Pero por nuestra parte debemos de insistir en que si se utiliza como fuente la prensa diaria, la cosa ya no resulta tan clara. Por lo pronto un discurso del Caudillo del 9 de diciembre del 42, después de elogiar a Mussolini y al nazismo, define que «no se trata de movimien-tos particulares», sino de «facetas de un mismo movimiento general» en el que se incluye España con su aportación católica; por eso, conti-

anticapitalismo nunca se llevó a la práctica en los estados fascistas y cómo, asimilado al término «plutocrático», quedo convertido tan sólo en el enemigo mítico de los «estados proletarios». En cuanto a lo que un fascista, incluida la Falange, entendía por burgués, resulta bastante difícil de dilucidar; en todo caso, al concepto burguesía no se le da un contenido económico o de clase sino más bien de tipo moral. Vayan dos ejemplos: Mussolini definía en 1933 al burgués como alguien que porta «un espíritu de satisfacción y de adaptación, con tendencia al escep-ticismo, al compromiso, a la vida acomodada y al afán exclusivo de hacer carrera». Y Velaco-racho, una fanática propagandista hitleriana exclama: «la burguesía, esa clase inútil de la socie-dad, que ya por dicha causa ha desaparecido; ese señorito vago... ese ser que trata sin respeto a niños, jóvenes y viejos, un ser frívolo... frustrado de la vida... incapaz de crear una familia y de amor a la Patria» (*Un caudillo*. Madrid, 1943; pág. 42).

(91) Una revista tan abierta y explícitamente antinazi como «Razón y Fe», durante 1941 acoge en sus páginas publicidad de libros de propaganda hitleriana.

(92) «El Correo»: 9-VII-1940. Crónica de Roberto de Arenzaga.

(93) «ABC»: 12-VII-1940; 2-VIII-1940; 6-IX-1940.

(94) «El Correo»: 26-VII-1940.

(95) «El Correo»: 23-VIII-1940.

núa Franco, «se engañan los que sueñan con paces liberales o con soluciones burguesas». Es decir, se está transmitiendo todavía a la opinión pública la imagen de una división ideológica del mundo en la que España se encuentra claramente en uno de los bandos. Es la misma idea en la que vuelve a insistir Arrese cuando en su discurso de Sevilla, ante una concentración falangista, el 9 de febrero de 1943 asegura que «la entraña de todo lo que hoy se ventila está reducida a esto: la crisis de lo espiritual, de lo social y de lo nacional (y que por ello) el mundo sólo tiene dos salidas: sujetar las cosas a un orden jerárquico o perecer». Pero es más, respondiendo a una evidente consigna, los periódicos de Sevilla publican en abril del 43 las siguientes palabras de Mussolini: «La guerra de España como la de hoy fue una guerra civil en el sentido Europeo y Universal, fue una guerra entre el fascismo y el antifascismo. De un lado judíos, masones, demócratas, liberales, comunistas y anarquistas. De otro lado España, Italia y Alemania. En un orden mucho más vasto esta situación se repite hoy» (96). En resumen, lo que queremos precisar es que si bien es posible aceptar la tesis de un giro en la política española, en el sentido de distanciamiento de las potencias del Eje a partir del otoño del 42, la opinión pública informada y adoctrinada por la prensa diaria no puede apreciar claramente ese giro hasta más tarde; de hecho, como ya hemos señalado en páginas anteriores, hasta la caída de Mussolini en julio de 1943 y el discurso de Arrese del 9 de noviembre de ese mismo año. No obstante —y por ello una columna del cuadro resumen queda comprendida entre ambas fechas— de enero de 1943 a julio de ese año ya se producen apreciables diferencias en el tono de cada uno de los rotativos sevillanos.

En principio, y dejando aparte de momento el diario «FE», hay como una inversión de posiciones en las posturas respectivas de «El Correo» y «ABC». Si durante 1939 el periódico católico se presenta como mucho más acentuadamente profascista que su colega, ahora, en 1943, y hasta la caída del Duce, es «ABC» el que adopta una postura mucho más favorable a los fascismos que su colega.

Efectivamente, «El Correo» sufre una clara evolución. No es que pase a una actitud antifascista, pero sí resulta apreciable un creciente despegue de los estados totalitarios, sobre todo si se lee en paralelo con sus otros dos colegas. Valga una muestra: el 12 de febrero del 43 «El Correo» publica un breve recuadrado bajo el siguiente titular: «*Italia conmemora solemnemente el X aniversario del Tratado de Letrán*»; en el sucinto texto meramente descriptivo que le sigue no se hace ya alusión alguna al Duce o al fascismo. Por contra el diario «ABC» da a la efemérides un espacio tipográfico bastante mayor y, sobre todo, en su texto se habla de «la conciliación como una de las realizaciones funda-

(96) «El Correo»: 21-IV-1943; «ABC»: 6-IV-1943; «FE»: 6-IV-1943.

mentales del régimen fascista», y una vez más de «la Italia fascista y católica» unida a Alemania «en una esforzada lucha». Otra muestra de fecha un poco anterior: con motivo del X aniversario de la subida de Hitler al poder, «El Correo» le dedica en primera plana titulares destacados que ocupan media página, pero el texto que acompaña, de agencia, se limita a la mera descripción de los actos y discursos celebrados en Alemania con tal motivo; «ABC» sin embargo, para la misma efemérides, coloca titulares que ocupan toda la primera página y acompaña las noticias de agencia con un comentario claramente elogioso hacia el nacionalsocialismo «llegado al poder tras una labor de diez años dirigida contra la democracia parlamentaria y, principalmente contra el comunismo» (97). De igual forma, este periódico dedicará una elogiosa página entera al LIV aniversario del nacimiento del Führer (98), o un artículo a la celebración de la fundación de Roma por «el pueblo italiano renovado en su espíritu bajo el signo littorio» (99), sin que en «El Correo de Andalucía» se haga ya la más mínima referencia a tales fastos del mundo fascista.

Pero lo importante del cambio en la actitud del diario del arzobispado sevillano no se encuentra en sus silencios, sino en algunos artículos de firma. El 2 de mayo del 43, firmado por el sacerdote Manuel Graña, colaborador de «Logos», aparece un artículo que bajo el título de «Valores eternos» supone la primera crítica, o al menos el primer grito de aviso sobre lo que puede significar la consolidación del nuevo orden en Europa. Los jóvenes de hoy, se dice en él, pretenden construir «con fiebre revolucionaria» una nueva sociedad sobre la ruina de la anterior injusta y pecadora; pero entre estos jóvenes se produce a veces «una enorme confusión», pues son incapaces de ver lo que de «negación más o menos explícita» de algunos dogmas cristianos existe en las nuevas doctrinas; y esto está ocurriendo porque «el talento innegable y la técnica refinada de ciertos heraldos del nuevo orden deslumbra a la juventud». Ante un peligro semejante, sigue diciendo Manuel Graña, la Iglesia no puede callar y concentra su advertencia «sobre el peligro que corre la dignidad humana en la nueva filosofía del Estado». La persona humana, concluye el articulista, «en el orden político según la doctrina de la Iglesia, es un tema que en Europa debe ser meditado por las clases directoras, por aquellos que se proponen construir el nuevo orden».

Una evidente advertencia, pues, ante los fascismos, pero, innecesariamente y en absoluto democráticas. Cuando, como acabamos de ver, Manuel Graña escribe sobre el respeto a los derechos de la per-

(97) «ABC»: 30-I-1943.

(98) «ABC»: 20-IV-1943.

(99) «ABC»: 21-IV-1943.

sona, ya en un artículo anterior (100), ha precisado qué debe entenderse por tales derechos. Hélos aquí: el derecho a la vida y a la formación religiosa, el derecho al culto a Dios, el derecho al matrimonio, el derecho a la familia, al trabajo y «a la libre elección de estado: casado o religioso». Es decir, más que los derechos de la persona los derechos de la Iglesia (101).

Otro artículo podemos citar también en este mismo contexto: «Hijos de Dios» de Manuel Vigil (102). De nuevo hay una crítica directa del mundo totalitario, pero de nuevo se hace en nombre de principios arcaicos y no democráticos, condenándose «el liberalismo religioso en su hipócrita respeto al fuero interno de la conciencia individual»; hay que gobernar a los hombres, se dice, «como a hijos de Dios, no como a simples ciudadanos liberales, como raza o como esclavos de la revolución roja».

Queda por tanto, en el caso de la prensa sevillana, una pregunta por hacer: ¿por qué el diario «ABC», que en 1939 había sido mucho más renuente ante el fascismo que «El Correo», luego en el año 43 tarda mucho más en apartarse? Quizás tan sólo porque la Iglesia española, miembro de una Iglesia universal, fue siempre capaz de captar antes que otros lo inevitable: primero un futuro mundo fascista y luego, el hundimiento del nuevo orden. La tesis de unas publicaciones católicas obligadas por la censura y las consignas a manifestarse defensoras del mundo totalitario y liberadas a partir de finales del 42 nos parece imposible de asumir; podría aceptarse, en todo caso, para los periódicos diarios pero no para otro tipo de publicaciones, que gozaron de muchísima más libertad. Un artículo podía ser censurado, pero ningún miembro de Acción Católica ni ningún sacerdote fue obligado a redactar artículos profascistas o, por ejemplo, antisemitas; si tales artículos existen en las revistas de la Iglesia, y sí existen, la responsabilidad es de esas revistas y de esos autores.

Hemos reiterado cómo la caída del régimen fascista en Italia representa un punto de inflexión en la postura de la prensa española ante los sistemas totalitarios. Por lo tanto, creemos merece la pena detenerse, aunque sea con brevedad, en cómo fue recogida por la prensa sevillana la espectacular desaparición del sistema mussoliniano.

De «ABC» y «El Correo» sólo cabe decir dos cosas al respecto: la destitución de Mussolini por el Gran Consejo —asamblea que, según

(100) «El Correo»: 25-II-1943; «El último mensaje de paz».

(101) Los dos artículos que acabamos de parafrasear no suponen sólo una crítica abierta del fascismo, sino también una crítica encubierta de los sectores radicales y pronazis de la Falange. Pero sólo de esos sectores y no de la Falange como tal. El artículo del 25 de febrero termina afirmando que el respeto a los derechos citados es la médula de la doctrina falangista, anclada en la enseñanza del Evangelio.

(102) «El Correo»: 27-VII-1943.

su fundador, era un órgano exquisitamente revolucionario destinado a garantizar por encima de los hombres la continuidad histórica del fascismo— y el veloz desmantelamiento del régimen en un par de semanas, es recogido por ambos periódicos con toda exactitud, sin ocultaciones —queda claro para el lector que el fascismo ha muerto y la democracia reimplantada— y sin comentarios o interpretaciones de ningún tipo. Y lo mismo cabe decir de la actitud ante el posterior fascismo republicano de Saló: se informa pero no se analiza; se describen los acontecimientos, se recogen las proclamas de Mussolini, pero no se toma partido ni a favor ni en contra (103). Bien distinta es, en cambio, la posición del diario «FE», que en conjunto coincide con la postura que ante el acontecimiento italiano adopta el sector más «puro» de la Falange.

En efecto, a comienzos de 1944, y con un extraordinario éxito de lectores que llevó a varias ediciones sucesivas, el falangista Ismael Herráiz publica su «Italia fuera de combate»; una obra extraordinariamente crítica hacia el fascismo italiano y sus jerarcas (aunque salvando siempre la persona del Duce), pero, y es lo que nos interesa señalar aquí, un libro que explica la caída del fascio en base a que éste no fue lo suficientemente revolucionario para extirpar totalmente los restos del anterior sistema político: la propia monarquía, la gran burguesía industrial y financiera, una parte del ejército contaminada de masonería y un conjunto de pensadores y escritores liberales, como Croce, que a juicio del autor continuaron campando por su respeto (104). Por eso Ismael Herráiz se muestra esperanzado por el fascismo republicano: el nuevo régimen de Saló con su vuelta a los orígenes ha sabido rodearse «de las más relevantes y heroicas personalidades del viejo escuadrisimo» y exige a los que ingresan en sus filas «honradez, carácter, sentido del honor y valor guerrero» (105). Otro falangista, el catedrático Montero Díaz es más explícito aún. Según su tesis, el fascismo en Italia estuvo desde el principio limitado y condicionado por «el complejo de intereses en que se asienta la Italia derechista y conservadora: la corona, los altos beneficios financieros y los privilegios económicos»; los españoles revolucionarios, dice Montero Díaz, «comprendimos desde el primer momento el sentido de la crisis italiana del 25 de julio: eran los viejos poderes

(103) Sólo dos matices de tipo casi subconsciente: la persona de Mussolini siempre es elogiada —aunque no ya su régimen— y también siempre el nombre del conde Ciano va acompañado, con mayor o menor proximidad en el texto, del término «traición», aunque nunca es calificado expresamente de traidor.

(104) Ese mismo año de 1944 aparece también el libro de otro periodista, «*Tormenta sobre Francia*», que analiza el régimen de Vichy desde similar punto de vista: la Revolución Nacional de Petain fue un fracaso en cuanto que no supo desprenderse de las taras de la III República. Los dos autores, por otra parte, alcanzan una misma conclusión: con todos sus defectos, los regímenes fascistas de Italia y Francia significaron un freno al comunismo; desaparecido el sistema autoritario, franceses e italianos se encuentran al borde de la revolución bolchevique. No hay pues opción: o fascismo o marxismo.

los que ahora traicionaban a Italia»; por ello, concluye el análisis, la Falange debe extraer como enseñanza que «todo movimiento revolucionario y nacionalista debe liquidar tres peligros: el peligro monárquico, el peligro capitalista a base de reforma agraria y socialización de las empresas, y el peligro militar, (pues) un partido revolucionario no puede desprenderse jamás de sus milicias (y) el ejército debe transformarse en un ejército político penetrado por el espíritu de la revolución» (106). Al igual que el autor de «Italia fuera de combate», Montero cree por tanto que a través del nuevo régimen de Saló «Italia saldrá de su crisis victoriosa, por el genio del Duce, por el fervor de sus juventudes fascistas y por la lealtad alemana»; para él, la república títere del norte de Italia se asienta en los postulados «sociales y proletarios» del esquadismo de 1919, en un partido depurado y en un Estado que «acentúa su carácter totalitario». En resumen, una ceguera absoluta la de estos falangistas radicales que a mediados de 1944 siguen creyendo en el «triunfo de la nueva Europa» (107).

Con los falangistas del diario «FE» de Sevilla ocurre casi lo mismo. Por supuesto, la caída de Mussolini el periódico no la puede ocultar; sin embargo, tanto los titulares como la extensión que se da a los textos suministrados por las agencias tienden, hasta el 1 de agosto, a disminuir o minimizar el desmantelamiento del fascismo italiano, que resulta en cambio evidente tanto en «ABC» como en «El Correo» (108). A partir del 1 de agosto, por contra, el periódico falangista sevillano primará las noticias sobre la reorganización del régimen fascista en el Norte de Italia. Pero lo que nos interesa señalar sobre todo es que «FE», a diferencia de sus dos colegas, sí analiza cómo pudo caer sin resistencia el que se califica como «condottiero de los tiempos heroicos, el hombre de mano de hierro conductor de los destinos de Italia» (109), y que de este análisis la conclusión que se extrae es la ya conocida de los radicales de Falange: la caída de Mussolini es «la consecuencia lógica de una revolución implantada ordenada y pacíficamente; si el Duce hubiera triunfado a cañonazos su labor hubiera sido más fácil» (110). Por supuesto también, esperanza en la república de Saló, de la que se alaban sus preocupaciones sociales, su decisión de continuar la guerra y su fir-

(105) HERRAIZ, I.: *Italia fuera de combate*, págs. 320 y 321.

(106) Conferencia de Montero Díaz ante la Vieja Guardia; publicada en marzo de 1944. Se trata de un discurso que es la quintaesencia del radicalismo falangista; pero de una Falange que ya se sabe vencida por las que considera fuerzas reaccionarias que detentan el poder en España.

(107) Montero Díaz: Conferencia citada.

(108) Un ejemplo: el 31 de julio «El Correo» publica en grandes titulares y en primera página: «Disolución de la Cámara de los Fascios»; esta misma noticia merece por parte de «FE», el mismo día, un recuadrado en última página con el siguiente titular: «Acuerdo del Consejo de Ministros de Italia».

(109) «FE»: 1-I-1944.

(110) «FE»: «Mussolini, su tragedia y su gloria» por Celestino Fernández Ortiz; 1-I-1944.

meza en las condenas a muerte del proceso de Verona (111). Saló abre así, para el periódico, la perspectiva de una «revolución en serio» que devuelva al fascismo a su primitiva trayectoria política (112).

Pero volvamos a la evolución general de los diarios sevillanos. Como ya hemos repetido, a partir del derrumbamiento italiano la presentación de los fascismos a cargo de la prensa sevillana sufre una clara mutación. A partir de esa fecha, la calificación o definición que se hace del fascismo ya deja de ser sistemáticamente elogiosa, pudiendo conllevar ahora un carácter meramente descriptivo o neutro. Así, entre julio del 43 y diciembre del 44, para «El Correo de Andalucía» siguen siendo dignas de elogio en el fascismo sus características de «anticomunismo», «defensor de la civilización europea» y «antimaterialismo», pero no el resto de sus rasgos. Por su parte, para «ABC» debe ser elogiado de ellos el «anticomunismo», su defensa del «orden y la disciplina» y su «europeísmo». Al mismo tiempo, se aprecia en las páginas de ambos periódicos un claro desplazamiento en los elogios desde el sistema a las personas. Dicho con otras palabras: se presenta positivamente la personalidad de los líderes fascistas, grandes y pequeños, y se resaltan sus virtudes pero tendiendo a separarlos de los sistemas que ellos encarnan. De esta forma, por ejemplo, para «ABC» Darnand en Vichy «arrastra a una juventud dispuesta a dar su vida por él», Hitler sigue teniendo una «talla universal» y el atentado de los generales contra él resultó «providencialmente frustrado»; mientras que para «El Correo», nadie puede dejar de reconocer la talla del Duce, el fascista inglés Oswald Mosley es digno de las mayores simpatías, y Herriot de Vichy se presenta como un cristiano ejemplar (113).

La postura del diario «FE» es mucho más compleja y requiere de nosotros una especial atención. Como es sabido, a partir de junio del 43 las consignas que recibía la prensa española persiguen una imagen bien definida: el régimen español no tiene nada que ver en su ideología con los estados totalitarios fascistas, y el fascismo europeo no goza de ninguna preferencia por parte del sistema español y de los españoles. Por eso, las órdenes recibidas en las redacciones se orientan en el sentido de negar el carácter ideológico de la guerra, de no tomar partido por ninguno de los beligerantes, de no confundir orden y autoridad con totalitarismo y de presentar al régimen español como «unitario» y «católico» y nunca como totalitario.

Ahora bien, si este desenganche ya ofrecía serias dificultades de credibilidad, mucho más difícil resultaba convencer a la opinión pública de que Falange no tenía nada que ver con el fascismo; y mucho más

(111) «FE»: 14-XII-1943; 13-I-1944.

(112) «FE»: 11-VII-1944.

(113) «ABC»: 1-VII-1944; 22-VII-1944. «El Correo»: 11-VIII-1943; 12-XII-1943; 30-VI-44.

difícil aún convencer de ello a los propios falangistas. Para lograr tan increíble empeño, a lo largo del 44 los diarios de todo el país se verían obligados a publicar un conjunto de editoriales y artículos sosteniendo la tesis de la «neutralidad ideológica» de FET ante las ideologías enfrentadas en el campo de batalla europeo. Neutralidad y falangismo, se asegura, son términos coincidentes ya que el Estado Falangista se siente ligado por igual a todos los países de Occidente que tienen una civilización común: las diversas formas de vida y de gobierno no entrañarían así problemas para la Falange, que los respeta a todos como espera que sea respetado el Estado Católico español. Un Estado español, por otras parte, que ya no rechaza el término Democracia, hasta el punto de que en su discurso, víspera del 18 de julio, el general Franco define que aunque «desde fuera nos imputen el ser antidemócratas... la suprema democracia reside en la ejecución del Evangelio que nosotros fielmente procuramos». Y como toda democracia requiere libertades, las consignas precisarán que esa doctrina cristiana en que se basa el sistema político español conlleva la libertad y el orden; libertad entendida como «libertad cristiana para el bien, para vivir dignamente la familia, el hogar, el prójimo, para salvarse y no para el libertinaje» (114); el mismo concepto de libertad, en suma, que venía defendiendo la Iglesia española desde mucho tiempo atrás. Estamos, pues, ante el reflejo en la prensa del tránsito desde el fascismo al conservadurismo nacional-católico, y por ello ante el intento de orientar a la opinión pública hacia la nueva posición.

Pero entre esa opinión que debe cambiar sus puntos de vista, están antes que nadie los militantes de Falange, en principio los más reacios a aceptar la mutación. Todavía bien entrado el año 44, un sector del partido continuaba manifestándose públicamente, no ya como fascista, sino como entusiastamente pronazi, al seguir viendo en el nazismo una verdadera revolución social incompatible con la burguesía, los grupos reaccionarios y los «grandes magnates de la industria» (115). Unos falangistas, además, que piensan todavía en una posible victoria del Eje (116); que siguen, de acuerdo con la más pura tesis fascista, interpretando la guerra como un enfrentamiento entre «naciones capitalistas» y «naciones proletarias», enfrentamiento provocado por la paz de Versalles que supuso «el triunfo de dos coaliciones de empresarios: los empresarios de la gran industria, dirigentes de la plutocracia, y los empresarios de la socialdemocracia» (117); y que siguen viendo al fascismo como un movimiento que responde a idénticas exigencias históricas que

(114) Consigna publicada en «El Correo» el 31-V-1944.

(115) Véase *Italia fuera de combate*; pág. 140.

(116) Montero Díaz: Conferencia ante la Vieja Guardia.

(117) Montero Díaz: Conferencia citada.

el fundado por Ledesma y José Antonio y por lo tanto en abierta confrontación con la Unión Soviética y las democracias.

Así pues, es este sector de la Falange el que debe ser reorientado. Y a ese empeño de acomodación se lanzan las jerarquías falangistas —ya acomodadas en el franquismo desde hace tiempo— dirigidas por el Secretario General del partido José Luis Arrese; el mismo Arrese que en 1940 presentaba a la Falange y al fascismo como «hermanos gemelos» y que ahora afirma ya que FET ni es totalitaria ni siquiera es un partido (118). De esta manera, frente a las tesis de una Falange que sigue reclamándose revolucionaria, anticapitalista y socializadora, Arrese inspira directamente una consigna de prensa en la que FET sólo rechaza ya el capitalismo «llevado a sus últimas consecuencias», y ante la petición de los falangistas radicales de una sindicalización de la economía y de una reforma agraria, responde con una retórica definición de la Falange que propone «frente a la lucha la unidad, frente al odio el amor, frente a la oposición de los intereses mezquinos la síntesis trascendental de ellos» (119). De la misma manera, Rafael Sánchez Mazas aclarará para los que aún sueñan con la revolución pendiente que esa revolución «no puede ser la que condenaron los papas sino la de Nuestro Señor Jesucristo» (120). Y para los que aún insisten en el fascismo, el semanario «El Español» —primer impulsor periodístico de la acomodación falangista— redactará un editorial de inequívoco título: «Sin fascismo ni comunismo» (121), seguido por otro del mismísimo diario «Arriba» donde se sentencia que a la Falange «ni se la puede deformar colgándole adjetivos y atributos que no le corresponden, ni tiene identidades con otros movimientos políticos de países distintos» (122). Una acomodación de la Falange, en fin, que obligada a separarse del fascismo, es obligada también a aceptar un nuevo modelo de autoritarismo basado ahora en lo más reaccionario del pensamiento español; «pues es necesario hacer una advertencia», escribirá «Arriba», «no se abre ningún resquicio a los errores del liberalismo escéptico y anarquizante, no existe libertad sino dentro de un orden tal como nos enseñan las figuras señeras del Tradicionalismo como Víctor Pradera» (123).

Sin embargo, a muchos falangistas les cuesta trabajo una mutación de tal envergadura, y ello salta a la vista en las páginas del diario «FE». Desde finales de julio de 1943 y a lo largo de todo 1944, el periódico vive una especie de disociación de su personalidad. Los editoriales y comentarios sin firma que publica responden exactamente a las consig-

(118) «El Correo»: 1-I-1944. Reproducción de una entrevista con Arrese de «Arriba».

(119) Consigna publicada por «El Correo» el 28-VII-1944.

(120) «ABC»: «Entre las grandes cosas»; 12-V-1944.

(121) «El Español»: mayo 1943.

(122) «Arriba»: 1-VII-1943.

(123) Editorial de «Arriba» reproducida como consigna en el resto de la prensa en enero de 1944.

nas de acomodación, pero sin embargo los artículos firmados, las crónicas de los corresponsales en el extranjero y la presentación de las noticias a través de la manipulación de sus titulares, siguen dando al diario de la Falange sevillana el tono de una publicación claramente fascista y pronazi. He aquí un par de ejemplos sobre noticias de agencia. El 7 de diciembre de 1943, en primera plana y a dos columnas se imprime como titular destacado: «*Dice Himmler: desde que el Reich existe, la estadística de criminalidad casi desapareció*»; y con acompañamiento de la fotografía del personaje el siguiente texto: «Himmler destacó en rueda de prensa la plena eficacia de las medidas adoptadas para combatir el crimen profesional y para la eliminación de los elementos antisociales, medidas puestas en ejecución por el Estado Nacional Socialista desde 1933». Una noticia ésta, que leída hoy, cuando conocemos lo que entendía el Reichsführer de las S.S. por «eliminación de los elementos antisociales» resulta siniestra, pero que contiene un claro mensaje positivo en las páginas del periódico falangista, y no aparece ni en «El Correo» ni en «ABC». El otro ejemplo puede ser medido en centímetros: cuando Rumanía intenta retirarse de la guerra como aliada de Alemania y a consecuencia de ello se produce el golpe de la Guardia de Hierro, «El Correo de Andalucía» recoge la noticia con titulares a media página («*Movimiento nacionalista en Rumanía, según Berlín - Para evitar el cese de hostilidades*»); el «ABC» también con titulares a media página («*Disturbios en Rumanía - Grupos nacionalistas contra el rey Miguel*»); mientras que «FE» acoge el acontecimiento con titulares enormes en primera página («*los nacionalistas rumanos contra el rey - Piden la continuación de la lucha anticomunista*») (124).

Pero es en los artículos de firma y en las crónicas donde se aprecia nítidamente la resistencia de los que hacen el diario «FE» a las orientaciones recibidas desde el gobierno. A mediados de noviembre del 43, el diario de Sevilla, como el resto de los de España, recibe la consigna de publicar una serie de artículos sobre la originalidad del régimen español como «Estado unitario», diferente del totalitario. Lo hace; pero en uno de esos artículos el autor, aunque se ve obligado a reconocer, de acuerdo con las órdenes, que «se han confundido las características generales del Nuevo Estado Español con fenómenos políticos de otros países europeos», no resiste a la tentación de añadir como «es indudable que existe una profunda relación moral entre los estados llamados generalmente totalitarios, como Italia, Alemania, Portugal, Rumanía q.^a España» (125). Más adelante, entrado el año 44, en su crónica política cotidiana, Celestino Fernández Ortiz comienza preguntándose quién tiene razón en la guerra; no da una respuesta explícita, pero narra dos acontecimientos —dados por auténticos— de inequívoca orientación:

(124) «FE», «ABC», «El Correo»: 25-VIII-1944.

(125) «FE»: «Política Unitaria» de Federico Izquierdo Luque; 21-IX-43.

según el cronista, en Inglaterra mineros en huelga han declarado que frente a la propaganda que presenta al fascismo como explotador de los trabajadores, «ellos no tienen la asistencia sanitaria que el fascismo ha instituido hace diez años en Alemania»; para el comentarista son pues los mismos obreros ingleses «los que dejan por los suelos el conocido anatema contra el fascismo como opresión antisocial y reaccionaria». El segundo suceso narrado se sitúa en Estados Unidos; allí, según siempre el autor de la crónica, una revista publica que «Hitler tiene la solución para los problemas del siglo XX y nosotros no hemos hallado ninguna hasta ahora; la solución nacionalsocialista tiene tanta lógica que no desaparecerá ni con una derrota de Alemania» (126).

Ejemplos de este tipo se multiplican en las páginas de «FE», y su mensaje siempre es idéntico: el fascismo puede ser derrotado, pero su intrínseca bondad permitirá la supervivencia de la ideología por encima de la derrota militar. Estamos así, ante la última y mítica esperanza de una Falange cada vez más apartada del poder en España, pero cuyas bases no renuncian a la identidad fascista. Una buena parte de la prensa de FET seguirá manteniendo hasta el final la imagen, ante la opinión pública, de un fascismo portador de valores imperecederos, y de una Democracia como «la concepción política más alejada de la Naturaleza» (127). A lo largo de todo 1944 la Falange sevillana publicará aún en su periódico titulares como el que sigue: «*El partido nacionalsocialista ejemplo constante para el sufrido pueblo alemán - Los aliados desconían de poder extirpar la ideología nazi*», y textos en los que se lee como «será difícilísimo desarraigar las ideas nacionalsocialistas tan entrañablemente asimiladas por el pueblo» (128).

De esta forma pues, el fin de la guerra se cierra en España con una resistencia a ultranza de la prensa falangista; una Falange que se resiste a abandonar ideológica y sentimentalmente a los fascismos europeos. Y con razón. FET fue un movimiento fascista, y de ello tenían plena consciencia sus militantes; obligada ahora por sus propios jefes acomodados en el franquismo a renunciar a su ideología básica, para ella tal renuncia no podía significar otra cosa que la desintegración de su personalidad y en definitiva el fin de su razón de ser, y su enterramiento político y social.

ALFONSO LARA

(126) «FE»: «¿Dónde está la verdad?»; 24-III-1944.

(127) «FE»: Crónica desde París por J. R. Alonso; 18-XII-1943.

(128) «FE»: 30-VIII-1944. Crónica desde Berlín por Delgado Olivares.

«CORREO DE ANDALUCIA»

PRESENTACION DE LOS FASCISMOS

	1939	1940	1941	1942	I-1943	VII-1943	VII-1944	I-1945
Anticapitalista	0	9	0	0	7,1	14,2	0	0
Anticomunista	6,5	4,5	17,6	17,6	17,8	85,7	4,4	4,4
Antidemócrata	11,8	4,5	11,7	11,7	7,1	0	6	6
Autárquico	0	0	0	0	0	0	0	0
Antisemita	23,6	13,6	11,7	11,7	7,1	0	11,1	11,1
Autoritario	2,6	8,8	0	0	0	0	0	0
Caudillista	5,2	0	0	0	3,5	0	2	2
Civilización Europea y Cristiana (Paladín de la...)	2,6	0	17,6	17,6	10,7	0	11,1	11,1
Colaboración entre clases sociales (Rechaza la lucha de clases)	5,2	0	0	0	0	0	0	0
Corporativo	1,3	6,8	0	0	0	0	0	0
Imperial (Expansionista - Espacio vital - Dignidad nacional ante otros Estados) ..	14,4	6,8	0	0	0,5	0	0	0
Estado proletario	0	0	0	0	0	0	0	0
Justicia social	3,9	4,5	0	0	0	0	0	0
Natalista y protector de la familia	0	9	11,7	11,7	7,5	0	0	0
Orden - Disciplina - Eficacia	6,5	2,2	0	0	7,5	0	0	0
Religioso	11,8	16,6	5,8	5,8	3,5	0	0	0
Revolucionario	0	6,8	0	0	0	0	0	0
Totalitario	3,9	6,2	5,8	5,8	0	0	0	0
Antimasónico	0	4,5	0	0	7,1	0	0	0
Orden nuevo (Base del...)	0	2,2	17,6	17,6	12,8	0	11,1	11,1
Jerarquía social	0	2,2	0	0	3,5	0	0	0
Antimaterialista	0	0	0	0	3,5	0	11,1	11,1
Racista	0	0	0	0	0	0	2	2
Ultraracionalista	0	0	0	0	0	0	0	0

«F E»

PRESENTACION DE LOS FASCISMOS

	1,4	10	- 6,8	12,5	0,6	7,3
Anticapitalista	1,4	10	- 6,8	12,5	0,6	7,3
Anticomunista	1	6	13,7	22,5	20	50,1
Antidemócrata	14,9	8	10,3	10	10	0,2
Autárquico	0	0	0	0	0	0
Antisemita	20,8	12	13,2	17,5	10	10
Autoritario	2,9	0	0	0	0	0
Caudillista	10,4	6	0	5	0	0
Civilización Europea y Cristiana (Paladín de la...)	0	0	8,2	7,5	10	14,2
Colaboración entre clases sociales (Rechaza la lucha de clases)	2,9	0	0	0	0	0
Corporativo	2,9	0	0	0	0	0
Imperial (Expansionista - Espacio vital - Dignidad nacional ante otros Estados) ..	2,9	4	0	0	0	0
Estado proletario	0	4	3,4	5	0	0
Justicia social	10,4	8	3,4	0	13,3	4
Natalista y protector de la familia	4,4	4	0	2,5	0	0
Orden - Disciplina - Eficacia	7,4	2	0	0	6,6	0
Religioso	5,9	4	2,8	2,5	13,3	14,2
Revolucionario	7,4	8	6,8	2,5	6,6	0
Totalitario	4,4	10	17,2	2,5	3,3	0
Antimasónico	0	2	0	7,5	3,3	0
Orden nuevo (Base del...)	0	12	13,7	2,5	0	0
Jerarquía social	0	0	0	0	0	0
Antimaterialista	0	0	0	0	3	0
Racista	0	0	0	0	0	0
Ultraracionalista	0	0	0	0	0	0